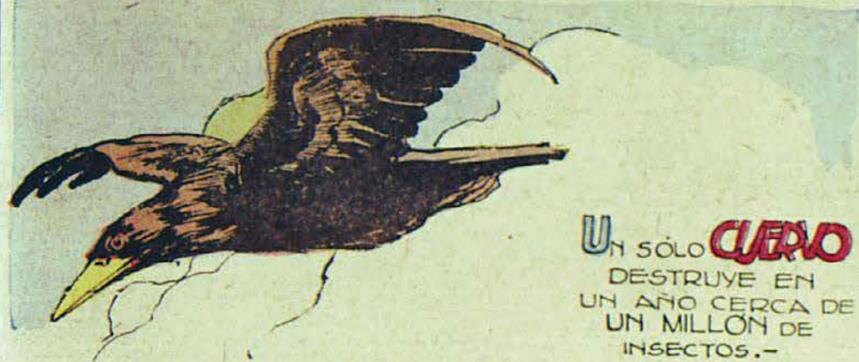


VISTO Y OIDO ★ La Silla de Montar y el Degüello ★ por PREMIANI



UN SOLO **CUERO**
DESTRUYE EN
UN AÑO CERCA DE
UN MILLÓN DE
INSECTOS.-



ALFONSO V DE DRAGÓN, REY DE NÁPOLES, EN GUERRA CON FLORENCIA, LE OTORGÓ LA PAZ A COSME DE MÉDICIS A CAMBIO DE UN CÓDICE DE LAS OBRAS DE TITO LIVIO.-

UNO DE LOS USOS QUE SE CONSIDERABAN PROPIOS DE **UNITARIOS** EN TIEMPO DE ROZAS ERA EL DE LA SILLA DE MONTAR, TO DO **FEDERAL** EMPLÉABA RECADO CRIOLLO



EN 1840, **HOFFMANN** DESCUBRIÓ LA ANILINA

★
LAS ARAÑAS TIENEN SU TELÉFONO. ES UN HILO QUE LAS COMUNICA DESDE SU CUEVA CON SU TELA. POR ÉL SABEN SI EL OBJETO QUE HA CAÍDO EN LA TELA ES UN INSECTO O UNA BROZA. SOLO SE MUEVEN Y SALEN A BUSCAR SU PRE-SA CUANDO ES UN INSECTO.-



CUANDO LOS **HINDUES** ESTÁN DE LUTO RIGUROSO, SE AFEITAN LAS PATILLAS



HACE AÑOS EN **SIBERIA** SE REGISTRÓ EL MAYOR DESCENSO DE TEMPERATURA; **84** GRADOS BAJO CERO.-

DOS SOMBRAS Y TRES CABEZAS



ROBERT Harby y Thomas Pargiton, habían sido muy amigos en su juventud; pero luego, esta amistad se interrumpió por más de veinte años. Al salir ambos de Cambridge, eligieron juntos un alojamiento en Londres. Tenían que abrirse camino en el mundo; pero mientras que Harby hubiera preferido un buen empleo o una carrera segura, al porvenir incierto que se les presentaba, Pargiton, espíritu aventurero, se mostraba encantado con ese estado de cosas. Este último se vio pronto envuelto en algunos asuntos que Harby consideró mezquinos, por no decir ilegales. No sintió pena cuando, una mañana, su amigo le informó bruscamente que no podría seguir viviendo en "semejante cuchitril" y se mudó a un lujoso piso en un barrio moderno de Londres. Después de esto, Harby fue viendo cada vez menos a Pargiton. Una vez vio su nombre en los periódicos, mezclado en un caso de "chantage".

Robert Harby, mientras tanto, fue empleado por una firma editora y pronto llegó a ser socio de la misma. Esa casa había lanzado recientemente al comercio, una serie de guías y gran parte de las utilidades que rindió su venta, muy lucrativa por cierto, le correspondió a él. Estas actividades requerían frecuentes viajes al extranjero, en los que Harby alternaba la diversión con los negocios, y fue en uno de estos viajes que, después de veinte años encontró a su amigo otra vez.

Una lluviosa tarde de febrero, Harby, que recién llegaba a Dieppe, miraba la calle a través de la ventana de su cuarto y vio a un hombre alto, de traje marrón, que compraba caramelos en un kiosco. Su figura le pareció vagamente familiar, pero cuando el hombre se alejó para distribuir entre un grupo de niños, lo que había comprado, creyó que se había confundido. El hombre de traje marrón regresaba notablemente al caminar. Ahora parecía dirigirse al hotel en que se alojaba Harby. Era, no, parecía que no, ¿sí? ¡Era Pargiton! La generosidad que había presenciado Harby, no era un rasgo típico de Pargiton, ni lo era, tampoco, el vivir en un hotel comercial en lugar de hacerlo en uno más lujoso. Además, Pargiton no era renco. Sin embargo, Harby estaba seguro de que se trataba de su viejo amigo; pero fue más por curiosidad que por afecto que descendió las escaleras para dirigirse a su encuentro. Aunque no pudo ver la cara del hombre que acababa de entrar (el hall del hotel estaba muy mal alumbrado) fue directamente hacia él y lo llamó por su nombre. Era Pargiton. Y Pargiton se mostró alegre al verlo. Patéticamente alegre, pensó Harby al acostarse, aquella noche. Al otro día, en el tren que lo llevaba a Francia, recordando la conversación que sostuvo con Pargiton, se sorprendió al descubrir lo poco que su amigo le refirió acerca de los últimos veinte años. Le contó, eso sí, que había heredado la fortuna de su hermano mayor, que estaba comprometido con una viuda cuando accedió la muerte. Ahora, el hijo de la viuda se educaba en un colegio de Oxford, a expensas de Pargiton.

No le había hablado directamente de su hermano. Harby se apercebía de que esto lo hacía por lealtad, lealtad completamente inesperada, puesto que antiguamente solía referirse a él en términos parecidos a "el imbécil de mi hermano". En cuanto a su renquera (una pierna era decididamente más corta que la otra) fue completamente laconico. Se había resbalado en el hielo, fracturándose el muslo. Últimamente estaba viviendo en una casita, en Greenwich, para ahorrar dinero, pues pronto dejaría sus negocios al hijo de la viuda. Le pidió a Harby que fuera a verlo a menudo. Vivía solo y odiaba a los nuevos amigos; pero con los antiguos era diferente. Estaba, ciertamente, muy cambiado.

La estadía de Harby en Francia duró varios meses, durante los cuales recibió varias cartas de Pargiton. Cerca del final de su permanencia allí, un telegrama le comunicó que Pargiton se le reuniría en seguida, pero al día siguiente recibió otro que decía: "Todo bien. No es necesario que te molestes. Espero ansioso tu respuesta." Harby no tenía idea de que su amigo lo hubiera "necesitado" alguna vez. Quizá le hubiera enviado alguna carta anterior al telegrama y se hubiera perdido. Dos días después recibió una carta que, aunque lo confundió todavía más, aclaró por lo menos ese punto:

"Querido Robert: Temo que mi anterior (de modo que había existido otra carta) te haya hecho pensar que yo daba demasiada importancia a un asunto que no la tenía o que mi cerebro me estaba fallando. Estaba muy alarmado cuando escribí. El hecho es que yo he experimentado los mismos síntomas anteriormente, pero nunca estando el año tan avanzado. Creía que ya lo había pasado felizmente, cuando descubrí de pronto que alguien había estado marcando mis libros, en una forma que me hizo temer al encontrarme solo, motivo por el cual te escribí pidiéndote que vieras. Sucedió que, estando en mi biblioteca, me dispuse a releer la Apología de Newman. No sé si recordaras ese pasaje que relata, como en uno de sus solitarios paseos, el Preboste de Oriel, dijo, mientras pasaba saludando: "nuncquam minus solus, quancum solus". Bien. En mi libro, esas palabras aparecieron subrayadas con tinta roja. Tú dirás que yo las habría subrayado y luego, olvidado. Pero yo nunca marqué mis libros y nunca tuve tinta roja en casa. ¡Nunca menos solo que cuando solo! Puedes imaginar lo mucho que esas palabras me alarmaron. Febrilmente saqué otro libro y fui volviendo a las páginas, una a una. Allí no había nada marcado; pero al hojear mi Wordsworth, ojeada a la línea: "Esa mirada interior que es la dicha de la soledad", la palabra "dicha" estaba escrita por mi propia mano y marcada por mi irónico signo de admiración. Creí que quizá yo mismo hubiera escrito esto durante el sueño o algún estado semiconsciente. Pero aténdeme: el sábado a la tarde me di cuenta de que no podía permanecer solo y telegrafié a un empleado mío, buen muchacho, pidiéndole que pasara dos noches conmigo, en Westgate. Se cometió un robo en casa. Me llevaron camisas, una esponja, pijamas, todo en una valija. Me emplearon. Ese día había tomado un paseo con Sparling, mi empleado, y el aire del mar me hizo mucho bien. Al día siguiente te envié mi segundo telegrama. Volví el lunes a Londres, con Sparling pero le pedí que volviera a Greenwich a pasar la noche conmigo. Las sirvientas nos recibieron con la noticia del robo. Encontraron mi dormitorio todo revuelto, el domingo a la mañana y comunicaron el hecho a la policía. El agente que estaba de turno aquella noche, era nuevo en su tarea. Dijo que había visto salir a un hombre, con una valija, a eso de las 22 horas, pero que no le había prestado atención. Ahora viene lo más extraordinario del caso: el mismo agente vino a verme para hacerme las preguntas de rigor y cuando entró a la salita noté en su rostro un gesto de sorpresa. Se recobró al momento y adoptó una expresión bastante insolenta. Cuando le pregunté llanamente a qué se debía su actitud, contestó con un alar de perdonavidas:

—Espero que Vd. aclarará este asunto. No parece un caso para la policía.
—Me quedé más confundido que antes. Me dirigí al aparador y convidé al hombre con un whisky and soda. Esto enterneció un poco al agente, que agregó, disculpándose:
—Bueno, señor, la persona que yo vi salir con la valija no caminaba con facilidad, precisamente.
Al oír esto, el vaso tembló tanto en mi mano que tuve que apoyarlo en la mesa. Traté de convencerlo, en la mejor forma posible, de que yo esa noche la había pasado en Westgate, con un



pedía las confidencias. Llegaron a Greenwich. La casa era pequeña, como lo había explicado Pargiton. Estaba rodeada por altos y viejos árboles. La salita le pareció muy bonita a Harby. Las paredes estaban cubiertas de estanterías conteniendo libros. Pargiton se dejó caer en un sillón, con un suspiro de alivio.

—¿Se que creas que yo soy feliz aquí. Bien. Seré feliz durante el tiempo en que permanezca contigo. Quisiera que no me dejaras tan pronto.
—Decidieron caminar un poco antes de acostarse. Cuando estaban en el camino, Pargiton, tomando del brazo a su amigo, dijo: —¿Notaste mi postdata? Créo que ahora puedo contarte todo. Mis asuntos marchaban muy mal y yo me encontraba bastante apretado. La muerte de mi hermano me salvó. ¿Recuerdas a mi hermano? No, naturalmente que no, pero recordará mis conversaciones acerca de él. Nunca lo quise, pero preferiría que no hubiera muerto. — Hizo una pausa.

—Lo que me preocupa... la preocupación que te dejé entrever en mi carta es... yo estoy seguro... y no lo estoy... Mi hermano murió ahogado. ¿No lo supiste por los diarios? Se ahogó una vez que patinaba sobre el hielo. Estaba conmigo... Fue algo terrible.

La avenida desembocaba por un camino abierto, plateado por la luna. Los ojos de Harby estaban fijos en el suelo. Experimentó un extraño sentimiento que se apoderó de nosotros cuando algún amigo trata de hacer una confesión penosa.

—Fue terrible — comenzó de nuevo Pargiton —. El hielo se quebraba debajo de sus pies, mientras hacía desesperados esfuerzos por sostenerse.
—Pero Harby apenas oía sus palabras. Su mirada seguía clavada en el suelo; las dos sombras proyectadas en el camino, tenían, fuera de dudas, tres cabezas.

—Fue culpa mía — continuó Pargiton, tratando de leer en su rostro —. Lo desafié a una carrera. Si no hubiera sido porque resbalé y me rompí la pierna, me hubiera hundido yo también.

Parte de la sombra se alargó y un par de hombros apareció bajo la cabeza suplementaria. Harby sintió que Pargiton le apretaba el brazo.

—¿No entiendes? — preguntó en extraordinaria tensión —. Fue culpa mía, en parte. ¿Por Dios, hombre! ¿Qué te pasa? Escucha, escucha: me parece ahora que es posible que... me tortura la sospecha de que yo sabía que el hielo, cerca de la otra orilla del lago, era muy delgado.

Otra vez apartó Harby la vista para fijarla en el suelo. Esta vez para señalar la sombra cuando una nube cubrió a la luna. Quizá todo hubiera sido imaginación, pero allí en el fondo de su corazón, algo le decía que no era así. Por otra parte, Pargiton ya había hecho su confesión, tan completa como se sintió capaz de hacerla. Ambos volvieron a la casa.

No era aborrecimiento lo que sentía Harby por Pargiton; y si lo era, estaba mezclado con un sentimiento de lástima. Cuando se despidieron, al irse cada uno a su cuarto, Pargiton le dio un apretón de manos que lo hizo sentir molesto, al paso que aumentó su deseo de partir al día siguiente.

Estuvo mucho tiempo desvelado, preguntándose si sería correcto abandonar a Pargiton. Podría inventar cualquier excusa, pero ¿sería decente ese proceder?

Comenzaron a dejarse oír todos esos pequeños ruidos que la noche trae consigo. Una y dos veces, mientras sus pensamientos giraban en torno de Pargiton, creyó que había oído, no el temido pao de su amigo por las escaleras, sino un extraño, tenue, repiqueteante sonido. Dos veces encendió la luz; pero al concentrar su atención el ruido cesó. Por último sin notar, debió de dormirse, pues se encontró a sí mismo parado en una extensión de hielo negro. Ya había salido la luna y una blanca niebla se divisaba rodeando el lago. Alguien esperaba allí, en dolorosa agonía; pero Harby no hubiera podido decir si era el mismo o algún otro.



POR
DESMOND MAC CARTHY
ILUSTRACION DE GUIDA

amigo. Se apercebía de mi agitación y sonriendo con una benevolencia irritante, replicó:
—Algunos caballeros encuentran cómodo el estar en dos sitios al mismo tiempo. Buenas noches, señor.
Me dejó caer, atontado, en un sillón. No sé cuánto tiempo estuve así. Los sucesos recientes giraban dentro de mi cabeza. ¿Me quedaría en casa o sería mejor que me alejara? Verás por el sello de la carta, que decidí volver a Westgate. Pasé muy malos momentos cuando entré al hotel. Tenía un miedo horrible de llegar a ver mi valija entre el equipaje de los recién llegados.
Robert, después de un alejamiento tan prolongado, no me animo a pedirte que tejes tus asuntos y te vengas conmigo; pero si los viejos tiempos todavía significan algo para ti, no me abandones. Si no lo haces por afecto, hazlo, al menos, por compasión. ¡Me siento tan seguro en tu compañía!
Debo referirte que, estando en Westgate, tomé un libro de la biblioteca, para distraerme un tanto. Era un tomo de Shakespeare. Lo abrí en cualquier página y encontré, subrayadas, estas palabras:
Y la vida de un hombre no es más que una.
No me atreví a seguir volviendo las páginas.
Debajo de la firma Pargiton, aparecía esta postdata: "Aun no te he contado todo".
Al terminar de leer la carta, Harby llegó a la conclusión de que Pargiton había perdido la cabeza. Pero, como tenía que volver a Inglaterra por sus negocios, telegrafió a su amigo, diciéndole que se le reuniría en Westgate, Partió al otro día. Durante el viaje relejó muchas veces la carta y no aceptó a explicarse el porqué de todo lo que le acontecía a Pargiton. Cuando desembarcó en Dover, la primera persona que divisó entre la multitud fue Pargiton, que lo saludó levantando la mano. Volvieron directamente a Londres. En el viaje, fallaron todos los intentos de ambos para entablar conversación. Además, la presencia de otras personas im-



ton la presencia de "algo" en el umbral. Presa de terror, le dió un violentísimo empujón con el hombro, cerrándole con un golpe que conmovió el edificio entero. Poco después llegó el médico y el sonido de sus pasos en la escalera produjo en Pargiton una especie de locura. Muchos esfuerzos tuvieron que hacer los cuatro para sujetarlo. Por fin consiguieron inyectarle una dosis de morfina que le proporcionó alivio inmediato. Al día siguiente fue conducido a un instituto para alienados.

Para Harby fue una felicidad indescriptible encontrarse de nuevo en sus propias habitaciones. Se acostó, extenuado y después de un sueño que tranquilizó en gran parte sus nervios. Ese mismo día telegrafió a su viejo amigo que se había casado con una animosa y buena mujer y que vivía rodeado de hijos de todas las edades, rogándole que le permitiera pasar unos días en su casa. La petición fue calurosamente recibida y Harby tomó el tren inmediatamente para recibir la respuesta. Los años de casa quedaron atónitos al ver los estragos que se habían producido en el aspecto del huésped, pero, discretos, no preguntaron para que Harby se restableciera. La primera noticia que recibió, referente a Pargiton (había dejado instrucciones para seguir siendo informado) le comunicó pocas novedades, excepto que el estado del paciente se consideraba grave. La segunda, decía que ya no era víctima de los ataques, siendo, sin embargo, su estado físico, alarmante.

—Mi querido Harby: He disfrutado ayer y hoy de una paz de espíritu que no experimentaba hacia mucho tiempo. Yo sé lo que me ocurre y tú también, aunque los que me cuidan no están enterados. Sé, además, que el día de mi liberación está cercano y confío en que no llegará demasiado cruelmente. He pasado un horrible día: mi muerte no es sino un pequeño resto que aún debo. Lo peor ha pasado; pero quisiera que tú, viejo amigo, supieras lo que he tenido que soportar. Quizá esto te ayudará a considerar más caritativamente al hombre a quien habrás colocado, con justa razón, entre los más ruines. A pesar de lo incompleto de mi confesión, en Greenwich, tú adelantaste la verdad. Me apercebí de ello al observarte cuando subías las escaleras, para irte a dormir, aquella noche; cuando no te volviste para mirarme, comprendí que había perdido tu simpatía. Esto me descorazonó mucho. Me fui a la salita y después de tomarme un whisky me senté en ese gran sillón que está frente al espejo. Sentía un gran deseo de reparación. Formaba planes para el mañana y para ti, la mujer con quien mi hermano iba a casarse — y para ti, la persecución que yo había venido sufriendo, no provenía de mi hermano, seguramente. He sido perseguido por alguien que tenía tanto derecho a ser yo mismo como el Pargiton que tú conoces, pero que me resultó horriblemente repulsivo y, a quien, cada intento mío por desprenderme de él, le presta mayor poder. No fui hasta que me propuse ayudar a la viuda y a su hijo, que me apercebí de su existencia. Nunca se acercó tanto a mí como esa noche, cuando le fuiste a acostar.

¿Cuánto tiempo permanecí en el sillón, haciendo propósitos de enmienda, no podría decirlo. Quizá me dormí. Imágenes de vida futura desfilaban por mi mente. Pronto se vieron interrumpidas por un ruido proveniente de la puerta del jardín. Pensé que ya era demasiado tarde para que alguien viniera a visitarme. Fue el siguiente ruido el que hizo latir con fuerza mi corazón: alguien caminaba por el sendero de piedras hacia la casa. Un renco aprendió a reconocer demasiado bien el ritmo de sus propios pasos, especialmente si, como yo, acostumbraba a hacer pasos solitarios. Un paso pesado, el sonido de un bastón, un paso liviano y luego el peso, de nuevo. ¡Harby, aquellos pasos eran los míos!

Oí el ruido de mi propia llave dando vueltas en la cerradura. No pude apartar los ojos de la puerta: intenté cubrirme los ojos, pero no conseguí levantar la mano. El picaporte comenzó a girar y la puerta se fue abriendo despacio. ¡No entré nadie! Aterrorizado, dirigí una mirada en torno del cuarto y entonces divisé una horrible cara que se reflejaba en el espejo. Era mi rostro salvaje, el mío y mis ojos también eran ojos desencarnados. Estaba solo aún.

Pero el profundo alivio que me produjo ese descubrimiento, no duró. Mientras me contemplaba en el cristal, la figura reflejada en él, sonrió. Llevé la mano a mis labios para convencerme de que yo también sonreía y ¡la imagen no repitió el gesto! No puedo describir el terror que se apoderó de mí. Las manos se adelantaban, desde el espejo, para alcanzarme. Oí un gran ruido. He de haber caído, seguramente. Cuando recobré el sentido me encontré parado en la puerta de tu cuarto. Tú conoces el resto.

Sé que mi fin está muy cercano. He escrito a la que iba a ser esposa de mi hermano, relatándole por qué y en qué forma se me ocurrió empujar a mi hermano hacia el hielo quebradizo. Naturalmente, le dejé para ella y para su hijo todo lo que poseía.

Si quieres verme, ven".

Cuando Harby leyó esta carta, telegrafió diciendo que estaría a su lado esa misma tarde; pero un telegrama que se cruzó con el suyo, le informó que Pargiton había muerto, durante su sueño, la noche anterior. Harby se preguntó cuál habría sido su último sueño. Tenía una expresión muy pacífica y muy rígida, en el atánid, pero las caras de los muertos no nos refieren nada.

Muestras sin Valor
★
Un Hombre Como hay Muchos
Conoció a Nicolás Zapata en un mostrador de boliche. Supongo que no se me reprochará. Nicolás Zapata es un hombre para ser conocido en una "boite" afrancesada. Es el hombre imprescindible del clásico mostrador de zinc. A pesar de andar relativamente limpio, siempre hay en él reminiscencias de manchas de vino y penumbras de bodogón salpicadas de erupciones.
Ni la verdad ni la mentira son necesarias en una charla con Nicolás Zapata, porque, afortunadamente, mi amigo no es hombre de ideas propias.
Casi siempre lo encuentro en su posición semivertical que corta la línea horizontal del mugriento mostrador del bodogón. Cuando Nicolás Zapata permanece silencioso ante el vaso a medio vaciar no hay que torturarse pensando en qué piensa: Nicolás no piensa en nada, y las raras veces que se le ocurre, lo hace en voz alta:
—Vea, amigo, yo...
(No describo las dimensiones fotográficas del personaje, porque el dibujante — antitesis de Nicolás Zapata — como hombre de ideas propias, lo presentaría siempre en forma distinta a la imaginada por nosotros, lector).
A veces, bajando misteriosamente la voz y llenando las pausas con amplios ademanes lentos de alcoholizado, mi amigo me dice:
—En confianza, le vía decir, amigo: tanto conservadores, como radicales, como...
El hipo agrio estira las vocales. Yo me esfuerzo mentalmente ayudándole a largar las palabras que no le salen, pero él las suple con una sonrisita, y en los ojos turbios le brilla la intención que no alcanza a decir su lengua trabada y, quizá, ni pensar su cerebro empantanado, y agrega:
—Ústé me comprende, ¿no?
Evidentemente Nicolás Zapata es un hombre como hay muchos. No tiene nada de extraordinario.
★
La Niña que Está de Novia
No es ni fea ni bonita. Es la muchacha que está de novia. Yo sé que todos han conocido y conocerán en alguna época de la vida a la niña que está de novia. Es la misma que en la calle vemos sonreír sin motivo y que nosotros — hombres acorralados por tantas sonrisas distintas — miramos sucientemente intrigados. Pero, casi, casi, es fácil distinguirla de las otras pobres muchachitas que no están de novias: en ella hay sonrisas hasta en las puntas de los dedos.
El día que aprendamos a distinguir a la niña-novia yo me atreveré a decir: Hemos aprendido a conocer toda la tristeza y toda la alegría de la vida.
(Basta. Dejemos esta estampa como está. No le pongamos ni una línea de esa filosofía tonta que acostumbramos. ¡Acaso lo necesita la felicidad de la niña que está de novia!)

VICENTE BARBIERI

Genghiz Khan, Emperador del Mundo

Por el año 1227, es decir, hace de esto siete siglos, se extinguía la vida del más grande conquistador del mundo: Genghiz Khan. Hace algún tiempo, el famoso profesor y explorador Karloff, luego de profundos estudios, anunció el hallazgo de la tumba de dicho guerrero, cerca de Khara Korum, llamada "la ciudad muerta", en el desierto de Gobi. Más tarde este descubrimiento fue denegado, pero no totalmente, ya que se comprobó que el profesor Karloff había estado ejecutando excavaciones en la cordillera del Altai, antiguo mausoleo de uno de los Khan, y cuyo nombre Karloff no habría estado muy lejos de acertar. Esto hace pensar ahora si este mausoleo es o no donde fué enterrado Genghiz Khan.

Los historiadores antiguos sostuvieron grandes polémicas con respecto al verdadero lugar en que estaría ubicada la tumba, pero, finalmente, Marco Polo afirmó que ello ocurría en las montañas de Altai, al Noroeste de Khara Korum. Esto es lo más posible, ya que en el sitio descubierto por el profesor Karloff se hallaron algunas cosas del Gran Conquistador.

Un dato histórico de gran importancia, y al cual quizás muchos permanezcan ajenos, es que el imperio de Genghiz Khan fué más grande que los de Napoleón y Alejandro. Tan es así que la semilla que sembró lo sobrevivió a él mucho tiempo después de su muerte.

Como guerrero mostró un arriesgado valor en las 20 guerras sostenidas, y como gobernante una refinada astucia en la opresión de 40 reinos. A pesar de sus armas, de construcción lógicamente primitiva, las pérdidas

de vidas con que azotó al mundo excedieron a las causadas por la gran guerra mundial.

Comenzó su serie de grandes conquistas partiendo de un triste desierto rodeado de pinos; poco después sus armas se apoderaban de toda Asia y se internaban más allá de los bancos del Dnieper. El traslado a los turcos otomanos de su lugar de origen, hacia el Norte de Asia; luego los hijos de éstos continuaron sus conquistas llevándole a Rusia bajo su gobierno, prometiéndole al mismo tiempo dirigirse hacia Polonia y Hungría.

Luego, a consecuencia del desalojo de los turcos del Asia, fué capturado en Constantinopla, desde donde los escolares griegos lo llevaron al Occidente de Europa y lo obsequiaron o condujeron a la restauración de la literatura, conocida como el Renacimiento. A raíz de todo eso, según los modernos libros de historia, la invasión tártara sobre Rusia no fué sino una calamidad que ni se debiera mencionar.

En realidad, la historia reconoce a Genghiz Khan como a uno de los pocos personajes cuya vida tuvo gran influencia sobre el mundo.

Desde el momento de su nacimiento, en 1162, el príncipe anunció la llegada de un Gran Conquistador. Este descendía de una raza fuerte, cuyo nombre había sido derivado de audacia. Cuando sobrevino la muerte de su padre, el pequeño contaba sólo 13 años. Esta circunstancia fué debidamente aprovechada por sus vasallos que, comprendiendo su inexperiencia, cayeron sobre él y lo vencieron, obligándolo a refugiarse en el palacio del Gran Khan de Keraites, ex aliado del

autor de sus días. Según las crónicas árabes contemporáneas, el joven poseía nobles maneras y aspecto altivo. De su apariencia personal poco se conoce en realidad; era alto, su cabeza inclinada a un poco hacia un costado, de cara atractiva y físico de aspecto poderoso. Esto fué suficiente para que una hermosa princesa, hija de su protector, se enamorara de él.

Aunque ese tiempo el amor no absorbía su atención, pues se hallaba ocupado en multitud de cosas, decidió satisfacer el gusto de la princesa, casándose con ella. Desde ese momento comenzó a brillar con luz esplendorosa su carrera. Fué nombrado primer ministro de los dominios del Gran Khan de Keraites y comandante de todos sus ejércitos; ganó batalla tras batalla y pudo así tomarse la venganza sobre sus antiguos vasallos, derrotándolos ampliamente. Entre sus enemigos vencidos había un galán, antiguo pretendiente de su esposa, con la que llegó a tener relaciones. Este frecuentaba la casa del Gran Khan quien, a su vez, le dispensaba su amistad; aprovechándose de ella y valiéndose de cuentos y malas artes, logró desalojar de su envidiable situación a Genghiz Khan, enemistándole también con el padre de su conyuge. Un hijo del Gran Khan fué prontamente nombrado en su reemplazo. En vano la princesa protestó ante su real padre la inocencia de su marido. El plan para capturarlo y matarlo ya se había argüido. Pero prevenido Genghiz Khan por su be-

llla esposa logró huir, con unos pocos soldados adictos. Se refugió en la selva y allí se de una valiente de una estratagema; encendió fogatas y dejó centinelas haciendo guardia en el campo, al que él abandonó. Sus perseguidores, creyendo sorprenderlo, avanzaron en conjunto hacia la celada, cuando Genghiz Khan, que los atibaba desde su escondite, cayó sobre ellos, produciendo enormes bajas en sus filas y dispersándolos en todas direcciones, en medio de un gran pánico. El despedido galán y el joven hijo del Gran Khan vieron obligados a huir, refugiándose en el palacio real.

Con este resultado, tan halagador para él y sus soldados, se apresta a hacer frente a una sucesión de guerras que, al parecer, eran inevitables. Para fortalecer sus filas escogió a los habitantes descontentos del desierto y, además, reunió a su lado a los que habían sido enemigos durante su juventud. Marchó así con este ejército, absolutamente revolucionario, resueltamente contra el Gran Khan. A pesar de todo Genghiz Khan mostró cierto escrúpulo al atacar a su antiguo protector, por eso antes de dar comienzo a las hostilidades envió un mensajero, ofreciéndole la paz.

Pero el alocado hijo del Gran Khan, sin duda azuzado por el despedido galán, consiguió persuadir a su padre de que rechazase la propuesta. Y entonces comenzó la guerra entre ambos. El resultado fué funesto para el Gran Khan, que cayó ampliamente derrotado y fué degollado; la barba arrancada de su cara por los vencedores.

Cuando Genghiz sólo contaba 40 años de edad, le fué conferido sobre Temudjin, el título de Gran

Khan. El sentido literal de este título era "El poderoso Khan". La ceremonia fué brillantísima y casi única por su esplendor. Genghiz Khan aparecía sentado sobre un trono de oro, con incrustaciones de piedras preciosas, el cual descansaba en una plataforma que hacían punta tres escalones. Sus más célebres prisioneros fueron pasados por delante de él, para que lo admiraran. Entonces se arrojó elevando una plegaria al cielo, en acción de gracias, por haberle dado fuerzas para derrotar a sus enemigos. Repentinamente, de entre un grupo de personas, surgió un anciano y se adelantó unos pasos, declarando: Que era el enviado de Dios para conferirle el título de Genghiz Khan y que su destino era encaminar a los pueblos, agregando, además, que sus progenitores serían ilustres. El que esto decía era un hermitaño que había visto cumplidas todas sus profecías.

Cuando Genghiz Khan hubo leído su mensaje, saludó nueve veces el nombre Genghiz, que consideraba de buen augurio.

Luego tomó lugar delante del altar del sacrificio y elevó una súplica al Creador del mundo para que guardase su vida y acrecentase la gloria de sus descendientes, comp así la de sus tribus.

A raíz de sus indiscutibles victorias en todas las guerras, pronto se le conoció con el pomposo título de "El guerrero invencible" o "El azote de Dios". Dividió su ejército en secciones o compañías, batallones y divisiones, sirviendo de ejemplo para la organización militar de nuestros tiempos. Su disciplina fué siempre muy severa, tanto el general como el soldado raso eran castigados por igual.

Donde sea que fuere que el con-



ARISTIDES RECHAIN

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



quistase una ciudad, dejaba que su ejército procediera a voluntad y cuando los habitantes criticaban esta actitud Genghiz Khan les decía: Ustedes sí que han cometido graves faltas y sus jefes y directores son los peores criminales que existen sobre la tierra y como prueba de todo esto les diré que yo soy el "azote de Dios" y si así no fuera Dios no me permitiría castigarlos.

Cuando dejaba el sitio de alguna ciudad, los aldeanos de los distritos cercanos eran reclutados, como también las mujeres, los niños y ancianos y obligados a marchar con la avanzada de las tropas, donde se les trataba inhumanamente. A los jóvenes se les alistaba en las filas, las que adquirirían de este modo un carácter internacional, tal era el conglomerado de razas. Luego se les transportaba a todos a la Mongolia, que era en ese tiempo el centro de Asia.

Las mujeres hermosas fueron distribuidas entre la soldadesca y los ancianos e inútiles decapitados. En cierta ocasión fué dada la orden de destruir todo lo que se encontraba al paso, como ser plantas, animales y seres humanos. Era tal el terror de los pueblos que en cuanto se enteraban de la proximidad del mongol se dispersaban en todas direcciones y en otras oportunidades se hacían matar sin oponer resistencia.

Cierta vez Genghiz Khan preguntó amablemente a sus generales: ¿Cuál es la felicidad más grande en la vida? A lo que le contestó uno de ellos: Cazar en Primavera. ¡No! replicó secamente, el placer más grande es derrotar a los enemigos, humillarlos delante de todos ustedes, mostrarle a sus seres más queridos bañados en lágrimas y ensillar sus caballos estrechando en sus pechos a las esposas e hijos. Así sin ninguna lástima ni contemplación llevaba la guerra a una conclusión lógica, pero bárbara.

Luego que la provocación de guerra quedaba cerrada, buscaba rápidamente motivo para otra. De esta suerte cuando deseaba por cualquier causa una lucha con China enviaba al emperador de dicho país un embajador, aduciendo por parte de uno de sus asesores o súbdito, falta de respeto

al referirse a la raza mongol. Por consiguiente su enviado debía dirigirse deliberadamente en forma hosca y provocadora.

El secreto de Genghiz Khan residía en sembrar el terror en todas partes; con esto nosotros no debemos desestimar su genio militar. Su estrategia fué una permanente contribución en el arte de las guerras. Hizo uso de líquido inflamable e inmensas catapultas. Tenía en sus filas ingenieros habilísimos, que mostraban su pericia tanto en hacer volar una mina como en minarlas, desviar ríos y provocar inundaciones.

Sin embargo el carácter de Genghiz Khan en ese tiempo no era de lo peor. Tenía tan sólo cuatro esposas legales y cuatro reinas reconocidas. Vivió bien su vida es decir, sin privaciones, de lo pocos vicios que había evitado un fué la bebida. Fiel defensor de la moderación, afirmaba que si un hombre no podía privarse de beber, por lo menos no debía hacerlo sino tres veces por mes.

Más que el peso de los años, e del torbellino de su agitada vida fué minando su cuerpo y un día presintió que su muerte estaba cercana; entonces trajo planes para extender su imperio por medio de las armas, planes estos que el tiempo de una duración de treinta años. Reunió luego a sus hijos exhortándolos para que la unión y la paz reinaran entre ellos.

Sobrevino su muerte, a los 61 años de edad, en Shansi; su cuerpo, depositado en un cajón de madera, sobre una carpa de campaña, fué llevado secretamente a Mongolia. La escolta mató a toda persona que salió al paso de cortejo, según se dijo, para que no existieran testigos sobre esta muerte; pero otra versión asegura que era un ofrecimiento a si alma en el otro mundo. Además cuarenta nobles y hermosas mujeres al propio tiempo que numerosos caballos ricamente enjaezados fueron ofrecidos con el mismo fin. Un cortejo tirado por nueve caballos de cola negra, desfiló en medio de una lúgubre atmósfera en tanto que un poeta entonaba esta fúnebre canción:

Circulo en el aire sobrevio como un águila. Tropezó y cayó como un potrillo herido. ¡Oh, mi rey!

(A) Una versión infiel de cierta famosa leyenda dice Midas, rey de Frigia, fué transformado en oro. Su Majestad pesaba 70 kilos; el oro, entonces como ahora, valía 3.000 pesos el kilo. ¿A cuánto ascendió el precio del rey después de la orificación?

(B) Una reunión de diez amigos toca a su fin. Al despedirse, cada una de ellas besa a las demás. ¿Cuál es el total de los besos?

(C) Un sobretodo, un bastón y un sombrero valen juntos 140 pesos; el sobretodo vale 90 pesos más que el bastón y el sombrero y el bastón valen juntos 120 pesos más que el sombrero. ¿Cuál es el valor de cada uno?

(D) Si al infinito le restamos el infinito ¿qué residuo nos deja?

(Las soluciones en la página 5).



Museo de la Confusión

EN cierto mamotreto lingüístico de que son culpables algunas hermanas solteras e inclinaciones escolásticas, fui sorprendido en un capítulo dedicado al latín y a la lexicología por la siguiente confesión:

Tiempo hace que el estudio del latín viene siendo en muchos países el blanco de numerosos y vivos ataques; y forzoso es confesarlo de plano, de esas luchas y agresiones solapadas unas veces y violentas otras, la lengua de Virgilio ha salido mal parada.

Y qué les importa a los priores los trastabillados de la lengua? Supongo que no pretendían que se transformara en un hueco de Colón, en un minarete de alabastro o en un tinte en pie y que se posara tranquilamente sobre el altar mayor, admirase las mitras, ruidiera honores a la divinidad de cartón piedra para finalizar erecta sobre el piloro de agua bendita e los arcones repletos de ostias, mana, santos óleos y demás productos dietéticos.

En la lección número cuarenta, la diócesis se dedica a la cita de un trozo senecio perteneciente a Marcos Sastra. Trata sobre el instinto en los animales y comienza expresando que la cabra y el llama han dejado sin repugnancia las montañas y el placer de saltar de risco en risco a cambio del establo; que la oveja de clima frío, como lo indica su vellón, se acomoda a todos los temperamentos; que el caballo soporta todos los climas; que el elefante y el toro, óceles a la voz de un niño, conducen enormes pesos; que el camello se postra sumiso para recibir la carga; que la oveja ha perdido su innata afición a los bosques, etc. Y expresa a modo de conclusión:

¿De dónde proviene esta mansedumbre, sino de la índole del animal? ¿De dónde sino

ANIMULA VAGULA

DIBUJOS DE RODRIGUEZ

de su instinto, esa inclinación a la compañía del hombre? ¿De dónde esa buena voluntad para servirnos, que les hace soportar con gusto las más duras tareas, sino de una secreta predisposición determinada por el Autor de la Naturaleza para que ciertas especies de animales quedasen consagradas al servicio inmediato del hombre?

Ahora me gustaría preguntarle al sacerdote culpable de la transcripción, si la voluntad demostrada por algunas pollitas, cucarachas, ratones y mosquitos que les hace soportar con gusto los más variados perramus, las menos apetecibles migajas, los más petrificados quesos e infranqueables mosquiteros, emanaba también de una misteriosa predisposición determinada por el Patrón de la Naturaleza para que se consagrasen al servicio inmediato del hombre. De ser así, todos los agradecimientos de nuestra parte serían nocivos. ¿Cómo nos arreglaríamos de otro modo sin la ayuda de estos animales, para comer camisotas, hábitos, quesos de bola, pasar a través de los mosquiteros o hacer todos los trabajos domésticos que actualmente realiza por nos la cucaracha?

En la página 149 encontramos otro encantador trozo de lecturas también dedicado a la zoología. Se titula: Virtudes que Dios nos muestra en los animales. Entre éstas nos cita las siguientes, de que es responsable un tal Nieremberg, que aunque no pareciera ser de origen peninsular. Veamos:

En el pelícano grabó la caridad, en la tortola figuró la continencia, en el bucy señaló la paciencia, etc.

Acepto la torticolis y las grabaciones de pelícanos a cargo del Sumo Hacedor, pero con lo que no transjuro es con lo del bucy. Dios a lo más le habrá dado bríos e ímpetus al toro, pero lo referente al huella güey, es obra exclusiva del hombre. La paciencia de ciertos porteros de harems y de algunos sobrevivientes itales que conversaron con Menelik está muy lejos de representar una virtud diócora o una concesión divina.

En el número correspondiente al 12 de junio, la directora de Para Ti elucubraba un artículo que bautiza; ¿Cómo haremos el bien? Expresa en él:

misuras, ojeras, papadas y calvicies. Por lo mena ya sabemos la definición de sortilegio: estatua, bibelot o maquette con eclipse total de plintos, plantas, tronco, peroné, tibia, coxis, medias de mármol, esternón y falangín.

En el Consultorio Elegante de la revista Para Ti, encontré lo que sigue, dirigido a Chollita:

El novio es mejor que vista de negro; en cuanto al padrino, si no viste del mismo color, puede hacerlo de que más le agrade.

Consejo funesto, pues a lo mejor el padrino elige el infra rojo, el patito, el verde loro o se presenta en la abadía con frac dorado, chaleco plateado y cilindro tornasol con incrustaciones de nácar, carey, u otras materias, haciendo juego con una camisa de cretona adornada de flores carmesí, guardas amarillas, cruz suástica y castaños los campos de azul.

En el libro Puentes Espirituales de que es autor P. Gallardo Sarmiento, encontré un soneto titulado "Tempesta en el mar".

Las últimas tres líneas son estas:

Relámpagos y truenos en fuerte sinfonía, alumbran y salmodian esta brava agonía... ¡ni una estrella en el cielo, ni una luz en el mar!

Rebuscad, pues, vuestros roperos y cuanto inservible en ellos encontréis, llevadlo a los pobres.

Recién ahora me explico los motivos por los cuales algunos reos suburbanos han sido vistos últimamente luciendo corsés disfrazados de sobretodos, pantalones con rositas rocoró, chalecos con bretelles y zapatillas con taco Luis XV. Algunos más amos pasaron con gracia pamelas requintadas, salieron con mirriñaque e hicieron alarde de llamativos abanicos de pluma y de primeros mantones de Manila. Según se cuenta por Villa Luro, están equipados para todo el año.

En El Suplemento del 20 de junio apareció un cuento titulado Sortilegio, producto exclusivo de la febrilidad mental de Henry Barbusse. Me llamó la atención el pasaje que sigue:

"Ella no respondió nada. Ni siquiera: "No." Un segundo después, le vi la cara. Una estatua. Pero que una estatua. ¿Sabes como quien? Como la virgen de la iglesia, cuando se le pide algo... Entonces me di cuenta de lo que pasaba: había allí un sortilegio..."

Ya me imaginaba yo que algo raro tenía que haber pasado para que una estatua estuviera representada únicamente por orejas, pestañas, fosas nasales, co-



Ocurrencias

Oscar Wilde Ilustración de Rosal Guida

Veinte años de pasión hacen que una mujer parezca una ruina; pero veinte años de matrimonio la hacen igual a un edificio público.

La vulgaridad es el modo de conducirse de los demás.

La puntualidad es el ladrón del tiempo.

La única diferencia entre un capricho y una eterna pasión es que el capricho dura un poquito más.

Lady H. W. trata de parecer pintoresca, pero todos la toman por despreciada.

El amor vive de la repetición, y la repetición convierte un mero apetito en un arte.

¿Que diferencia hay entre la literatura y el periodismo? El periodismo es flexible, y la literatura no es leída.

Nada es igual a la abnegación de una mujer casada. Es lo que los hombres casados nunca sabrán.

Londres está repleto de neblinas y de personas serias. No sé si las neblinas son la causa de las personas serias, o las otras serias de la neblina.

La mejor base del matrimonio es una mutua incomprensión.

En Londres uno se divierte. En el campo uno divierte a los otros. Eso es aburridísimo.

Tan pocos padres hacen caso de lo que les dicen sus hijos. El antiguo respeto por los jóvenes está desapareciendo.

Los hijos empiezan por querer a los padres. Después los juzgan; a veces los perdonan.

Un hombre debe ser muy cuidadoso en la elección de sus enemigos.

Es inútil ir al Salón de Otoño. A veces hay tantas personas que no se ven los cuadros; otras, hay tantos cuadros que no se puede ver las personas.

La acústica de la Cámara de los Lores es excelente. Los discursos no se oyen.

Lo fundamental en asuntos graves es el estilo, no la sinceridad.

Todos los músicos son absurdos. Quieren que uno esté mudo en el preciso momento en que uno desea estar sordo.

Vale más tener una renta mensual que ser encantador.

A todas las novias americanas les llevan a las cataratas del Niágara. Ese espectáculo imponente es uno de los primeros desencantos del matrimonio, aunque no el más agudo.

Hojeo los diarios. Veo que sólo lo legible sucede.

Las mujeres son un gremio decorativo. No tienen nada que decir, pero lo dicen encantadoramente.

Si las clases pobres no sirven para darnos buenos ejemplos, ¿para qué sirven?

Alarme a sus amigos

SOLUCIONES

(A) Hay quien se limita a multiplicar 70 por 3.000 y a suponer que el resultado de esa operación (210.000) es la solución del problema. Pero lo cierto es que el rey Midas era más caro. Si de carne y hueso pesaba 70 kilos, de oro debió pesar 19 veces 70, ya que el peso específico del oro es 19 veces mayor que el de la materia del hombre. Multipliquemos, pues, 70 por 3.000 por 19. El resultado (3.990.000) es el valor preciso del rey. Hay que pensar que el concepto de transformación no entraña el de disminución de volumen.

(B) Ni 90 besos ni 100. La primera dama besa a las otras 9 y se va. La segunda besa a las 8 restantes, la tercera a las 7 y así hasta que no queda más que una. Suponer otra cosa es adicionar muchas veces el mismo beso. He aquí la verdadera suma: 9+8+7+6+5+4+3+2+1=45.

(C) El sombrero vale 10 pesos, el bastón 20, el sobretodo 110.

(D) El residuo que se nos antoje. Si queremos obtener 0, restamos de la serie de los números naturales la misma serie de los números naturales. Si queremos obtener infinito restamos de los números naturales todos los números pares. Quedan todos los números impares, que son asimismo infinitos. Si queremos obtener 290, restamos de la serie de los números naturales todos los números posteriores a 290. Este procedimiento es aplicable a cualquier cantidad.



El Sacrificado

Las costumbres criminales de la India presentan particularidades desconocidas en Europa.

Cecil Walsh, juez de la Corte de Allahabad, ha reunido en un volumen varios casos que nos presenta, no como excentricidades ni casos anormales, sino como acontecimientos típicos.

El criminal hindú es casi siempre ocasional: a la menor provocación, por odio de familia o dificultades de orden pasional, el hindú se venga inmediatamente.

Hay un considerable número de crímenes que ni siquiera llegan a conocimiento de la policía. Se cree que las mordeduras de serpientes y las fiebres ocultan muchos casos de envenenamiento.

Los infanticidios, que han disminuido desde el momento en que se tomaron medidas para reprimirlos, se reproducen, sin embargo, con desoladora frecuencia.

Son debidos, generalmente, a estas dos causas: la enemistad entre la madre y alguna vecina, y el lucro. Los niños hindúes usan una cantidad de alhajas de plata, y a menudo, para despojarse de estos pequeños adornos, los matan.

Pero, en el caso que el juez Walsh llama "el sacrificio humano", éste no fué provocado por ninguna de estas causas.

Un cierto Ram Saram denunció un día a la policía la desaparición de su hijo Sohan, de dos años de edad. Ayudado por sus amigos, había buscado por todo el pueblo, sin descubrir ningún indicio. No tenía ninguna sospecha y no podía indicar ningún móvil para explicar el hecho.

Ram Saram volvió a ver a su hijo dos días después, en un puesto de policía; éste estaba situado a varias millas de distancia, y el hecho de que el niño fuese transportado allí en lugar de llevarlo a su casa, era misterioso.

Sohan estaba cubierto de espantosas heridas en el muslo derecho. La manera en que el niño fué descubierto era también misteriosa.

Un campesino llamado Manrakhan, que había encontrado al niño en una zanja cerca del pueblo, declaró que los gritos de la criatura llamaron su atención, y que, con la ayuda de su amigo Prasad, lo había llevado a la policía.

Sin embargo, ellos debían saber que el hijo de Ram Saram había desaparecido y que éste había ofrecido una recompensa a quien lo trajera vivo.

El niño fué inmediatamente conducido al hospital; llevaba el mismo traje que tenía en el momento de su desaparición y no había en él rastros de sangre.

Cuando se examinaron las llagas, se notó que éstas eran anchas y regulares; la carne había sido recortada por pedazos profundos, poniendo a descubierto el fémur.

El médico hindú sugirió que las heridas habían sido causadas por mordeduras de animales salvajes, cosa completamente imposible, porque el estado de limpieza del cuerpo y del traje estaban en contradicción con esa opinión. Las heridas databan por lo menos de veinticuatro horas; estaban secas y recubiertas por lo menos de una capa de tierra; que había sido esparcida sobre ellas sin duda con el fin de secar la sangre y acelerar la cicatrización, medio muy común entre los campesinos.

Naturalmente, a pesar de ello, las heridas habían sido mal cuidadas y, a la semana siguiente, Sohan murió.

Ram Saram, agobiado por el dolor, declaró que no descansaría hasta descubrir al criminal.

En el pueblo se murmuraba que el niño había sido utilizado para un sacrificio. Es un rasgo curioso de la vida hindú la forma en que se crean ciertos rumores, y, aunque sean falsos algunas veces, en la mayoría de los casos obtienen una confirmación completa.

Durante la enfermedad de Sohan, multitudes de mujeres pasaban por su casa a pedir noticias del niño; entre estas visitas, Mosamad Doulari, esposa de Ram, notó a una que no solamente venía todos los días, sino que también la interrogaba con gran interés.

Mosamad Doulari contó esto a su esposo; desde ese momento, la policía fué arrestando mujeres, hasta que Mosamad Doulari reconoció a la sospechosa.

Era una cierta Mosabad Laraiti, quien declaró que, en efecto, había pedido noticias del niño por cuenta de Moabad Tchirondji, rica señora brahmana que vivía en una gran casa a la salida del pueblo.

Añadió que un día había visto a un niño extraño en esa casa, y que había comentado el hecho con una mujer llamada Tchukia. Esta, al ser detenida, declaró que era "kahrin", es decir, de la casta de los aguateros, y una que, mañana, al llevar agua a la casa de Moabad Tchirondji, vió a Fraasad con un niño.

Ella recibió entonces la orden de limpiar y de preparar un rincón del patio, y observó que se habían reunido varios miembros de la familia con un cierto "Saddou" o asceta llamado Krishana Rao.

Al día siguiente había visto al mismo niño quejándose y casi desmayado envuelto en una sábana manchada de sangre.

Como había testigos que corroboraran esta acusación, se arrestó a Krishana, esperando que éste hiciera una confesión completa.

Pero Krishana negó rotundamente su participación en el crimen; reconoció que era el sacerdote de esa familia, pero aseguró que no había asistido a ninguna ceremonia extraordinaria ni a ninguna reunión como la que había descrito Mosabad Tchukia.

Pasó el tiempo sin que la policía lograra alguna prueba, hasta que sucedió un hecho inesperado: los pesquisas de otro distrito arrestaron nuevamente a Krishana bajo la inculpación de robo. Entonces la policía le hizo caer en una trampa, informándole que el crimen había sido descubierto y que sus cómplices estaban arrestados.

El acusado decidió hablar, y contó que Moabad Tchirondji estaba profundamente afligida por no haber dado ningún hijo a su esposo. Además del ardiente deseo de tener un hijo que cumpliera sus ritos funerarios y poder así salvar su alma, había también en este caso una cuestión de interés. Moabad Tchirondji tenía suplantado el su marido tomaba otra esposa más joven. Había entonces consultado al "Saddou", quien le había dicho que pernia neceria estéril hasta que no comiera la carne de un niño vivo.

Moabad decidió tentar la experiencia. Krishana fué invitado a la casa, donde encontró un niño sin conocimiento emborrachado con "bang".

Para celebrar el "puja" oculto, se colocó al niño sobre un lecho de estiércol. Krishana hizo el sacrificio del fuego a la diosa Devi, y, después de haber hecho la señal sagrada en la frente del niño, se apartó. Luego, dos miembros del grupo, sirviéndose de sus cuchillos, cortaron un pedazo de carne. Uno de ellos trató sobre el piso "el antra", o cuadrado mágico, con la sangre que había sido reengida en una lata, la que debía ser bebida por la mujer sin hijos.

Era muy difícil saber lo que había de verdad en la declaración de Krishana. Es generalmente una de las principales dificultades en un hecho criminal, en que hay varios culpables y en que uno de ellos atribuye el papel principal a los otros.

El caso era excepcional, no solamente a causa de las circunstancias repugnantes y patéticas del crimen, y del resultado poco satisfactorio del proceso, pero también porque no había memoria en la historia de las provincias ni en ningún escrito histórico, de un acto similar hecho con semejante fin sobre el cuerpo de una criatura en vida.

Así que las declaraciones de Krishana fueron consideradas como confesión ante un magistrado. Confirmadas por los domésticos de sexo femenino, eran suficientes para hacerlo ahorcar.

Después de un largo proceso, el "Saddou" y Tchirondji fueron condenados a deportación perpetua.

Por THOMAS WALSH
ILUSTRACION DE PARGNOLI

El Nuevo Rico por H. Rodriguez



VOY A DELEITARME EJECUTANDO UN POCO DE MUSICA AMERICANA

¡FEDERICO!

¡QUE BUENO ES ESTO!

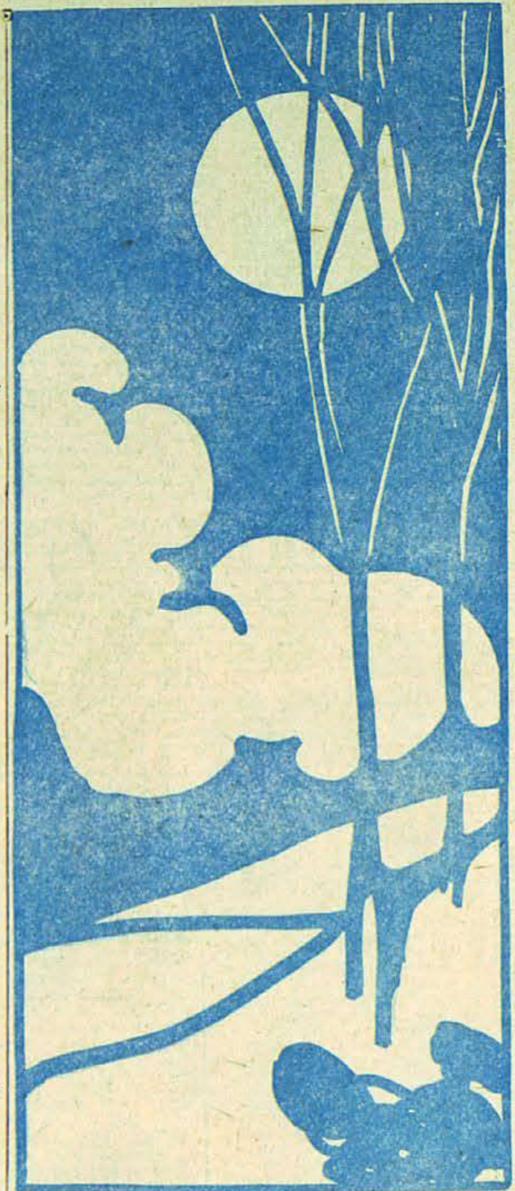
La Noche y los Perros

ME mandaban a sentarme en el umbral de la puerta de calle para que no fastidiara. Y yo me quedaba horas de horas en el atardecer aspirando con placer la tierra mojada del reciente riego de la calle. Hasta que la noche inminente ponía el cielo casi verde y las primeras estrellas iban prendiéndose, yo me quedaba en el umbral como olvidado del mundo. Me sacaba de este estado de catonismo el paso de una vaca lechera que despertaba el silencio dormido de la calle con su cerceño. En el hogar había un silencio tranquilo al mismo tiempo. Pero, pudiera ser que yo también estuviera equivocado, que lo que tomara por tranquilidad no fuera sino un estado de drama que yo no entendía. Porque así es todo; las cosas no son como parecen.

En una de esas noches recién hechas en que aún queda algún resto de la tarde sobre el cielo, me quedé más largamente sentado en la puerta; el aire fresco traía a ratos trozos de música de ópera que tocaban en la retreta de la plaza próxima. Uno pensaba en ciudades y en viajes que no pueden ser, en angustias apenas ahogadas, en la profunda tristeza de no saber qué va a ser de nosotros después cuando sea presentir el porvenir y tener el remoto terror de vivir. Yo seguía sentado y pasaban los vendedores de tamales, empanadas y chorizos gritando su mercancía. Y pasaban los vendedores haciendo estrellar en la noche el nombre de los periódicos locales. De pronto vino mi madre como una sombra de silencio. Su palabra parecía un silencio. ¿Te animas ir a la casa de la Dolores? me preguntó. Y sin esperar contestación agregó: "Llévate este frasco y dale este papel; date prisa".

Yo partí mirando la luna, y vi que la luna me seguía. Y apresuré el paso y la luna rodaba más ligero. Y me precipité en una carrera desentrenada. De lejos, oí los sonos del harpa. Era Villalba el marido de la Dolores. No hay baile sin el harpa de Honorio, oír decir en casa. Además tocaba el trombón en la retreta. Entregué el papel a Dolores y esperé, según orden de mi madre. Mientras tanto, me senté a escuchar una canción, se me llenaron los ojos de lágrimas sin que hubiera ninguna razón para llorar. Era como si alguien estuviera pensando por mí en el instrumento y en lo que decía la canción. Yo, primero escuché y después me entregué; porque eso es lo que uno tiene que hacer: escuchar música en un entregarse, en rendirse ante un ser poderoso e invisible. Quise contarse más de una vez esta impresión; pero comprendí de inmediato que no me entenderían, que se iban a reír mucho de mí. Honorio comprendió que me gustaba la música y se casó en su interpretación.

La Dolores volvió con el frasco lleno, me lo metió en el pecho, junto a las ropas y me dijo: "Llévalo corriendo para que no se enfrie". Yo salí corriendo; pero eso me dijo la Dolores que hiciera. Yo he sido siempre muy obediente. Me fijé si la luna me seguía. Ahora la había dejado atrás. De pronto sentí un remoto terror, de ese súbito miedo que se le disuelve a uno en los huesos. Quedé paralizado; de la cárcel próxima venía el "¡Alerta estoy!" de los presos. Este grito perzoso, terrible en la noche tranquila, desgarró de angustia el corazón y dan ganas de



irse lejos para no escucharlo. Y pensar que yo he escuchado durante mucho tiempo, durante toda mi infancia ese grito. Para quitarme el miedo toqué un terrón del suelo y lo arrojé con toda la violencia de que era capaz contra un portón de zinc de un depósito de alfalfa seca. El estrepito despertó a todos los perros de la vecindad. Los ladridos furiosos se expandían por la noche; el ladrar desesperado hacía creer en la presencia de espíritus malignos que hubiera provocado con mi actitud. Entonces tuve ímpetus incontenibles de huir. Una jauría iba persiguiéndome. Los perros me des-

garraron las medias a dentelladas. Cuando me acercaba a casa o al desamparado llanto de una niña de meses. Era mi hermana que se había despertado. Entregué la botella de leche a mi madre y ella me besó en la frente. Era la primera vez que mi madre me besaba. Tal acto de ternura me sorprendió profundamente. En mis nueve años de edad, era la primera vez que mi madre tenía para mí esta expresión de cariño.

Una tarde, mientras el aire cálido traía una música de banda, comprendí totalmente el verdadero significado de este acto de correr todas las noches siste-

máticamente hacia casa con una botella de leche. Y un heroico orgullo me nació allí dentro. Yo era un hombrecito que podía hacer algo serio. Mi hermana, de meses, estaba a punto de morir de hambre; mi madre débil y enferma no estaba en condiciones de alimentarla. Virginia, la hermana de crianza, la de grandes cuentos fantásticos, me lo había explicado aquella tarde sentados ambos en el umbral, mientras aspirábamos el fresco de la calle recién regada. Doce veces podía venir dos veces al día. Mas no; tenía que trabajar y atender a sus hijos. De noche había que ir a su casa. Era el atardecer. Mientras tocaban la oración, el alma del pueblo parecía elevarse hasta los cielos al son de las campanas.

Me desesperaba de no poseer mayor agilidad para realizar mi menester o tiempo aquella carrera. Desde aquella tarde en que conversara con Virginia, cumplí un mandato nocturno con el fervor de un rito y no me detenía a observar si la luna rodaba o si las estrellas daban la impresión de caer con su temblor incesante. A veces encontraba a Honorio en su casa tocando cambas y vidijas en el harpa. Pero era como si hubiera perdido el gusto por lo que rodeaba. Solamente pensaba en mi hermana, cuyo llanto apagado, un vagido debilitado conmovía las entrañas de mi ser, sobre todo si era acompañado por el paciente y monótono canturreo de mi madre que intentaba hacerla dormir. Yo estaba seguro de realizar una misión y de colaborar en el sacrificio silencioso de mi madre, a quien veía todas las mañanas con los ojos enrojecidos y la cara pálida, huellas delatadoras de su insomnio y de su sufrimiento. Para mí mismo mi existencia había adquirido una jerarquía que antes no tenía. Y tome un aire grave y me hice más recio intrado. El mundo que me rodeaba disminuyó de importancia. Ya no me atraía la sorpresa cotidiana del cielo con sus nubes barrosas navegando en el aire límpido de las tardes de julio, ya no veía descubrir en esas nubes las mandadas de elefantes de plata, ni los ejércitos de gigantes que pasaban — como yo decía — a conquistar la montaña, ni tampoco me quedaba abstraído escuchando el canto del chachaleto, ni siquiera contemplando el vuelo tormentoso del picajor fugitivo que de cuando en cuando venía a liberar el néctar de las madresivas que abrazaban toda la pared medianera de mi casa. Mi vida había cambiado de destino; mi razón de ser se había tornado cosa seria.

Una mañana, el ambiente del hogar se hizo mucho más grave. Mi abuela, mi madre, mis tíos, las criadas, marchaban silenciosas. Virginia salió varias veces a la farmacia. Presentí la angustia del momento, no por haber advertido en la cara inexpresiva de mi madre sino por esa pesadumbre que parecía surgir más de las cosas que de las personas. Al mediodía, frente a la puerta de la casa se detuvo el coche del doctor Mariño. Era un hombre grave y pálido, de poblada barba negra, que hablaba con voz sonora. Cuando salió, en los ojos de mi madre brillaba una lágrima.

Aquella noche vinieron a casa muchas personas que tomaron mucho café y hablaron hasta tarde. A la madrugada mi padre salió con un cajón de pino bajo el brazo, seguido de los que le habían acompañado toda la noche. Y desde aquel día yo volví a ocuparme del cielo.

POR

PABLO ROJAS PAZ

Los dos habían inventado mil cosas para no dejarse un momento. Habían suprimido todo lo que quitaba la presencia de uno u otro. Así, gozaban, sufrían, comulgaban juntos con la vida.

Una noche, después de hablar de una cosa u otra, se abrazaron estrechamente y él, le decía: "te me escapabas; si pudiera comer, también te me escaparías"; y ella anhelante, le decía: "yo lo que quiero yo contigo y tú también te me escapabas, me muero así y quiero ser, más allá... ¡Vida!". Y Dios dijo: "...y ahora que el hombre no avance su mano y tome también, el fruto que a Dios de la Vida para comer y viva eternamente".

ILUSTRACION DE Pedro de Rojas.



El Arbol de la Vida

Su vida ha llegado a un punto en donde parece haberse detenido. Pensaba para sí diciéndose: nadie se asombra cuando un proceso patológico llega a su fin y, nadie toma en cuenta cuando un proceso vital se estanca.

Y esto es lo que le pasaba. La vida de sus treinta años era aparentemente la de muchos. Siempre había puesto su afección en ser como todos y hablarse dicho: "nada de extravagancias, nada de salir del riel", porque constantemente en su interior, sentía los impulsos vivos de lo original; las llamadas de un plano fuera de lo común.

Confrontaba fatalmente su fuese mejor ni peor pero, era distinta.

No se sentía con falta de valor para romper los moldes establecidos — no le interesaba romperlos — pero no cabía en ninguno y entonces callaba — cultivaba su vida interior.

Esto la llevó a tener un aire tan particular, que si bien es cierto, nadie se equívocaba con ella, muchos se equivocaban. Así unos y otros cuando hablaban de su personalidad los datos que se daban, más o menos, eran falsos. No había de ella ningún hecho exterior en que definiría o donde clasificarla.

Su capacidad mental era de un nivel fuera de lo general, porque aunque no discutía los creos de los demás, el de ella no admitía discusión. Hablaba poco y desconcertaba cuando en algunas conversaciones sobre temas filosóficos sus palabras destruían alguna creación intelectual, con su lenguaje llano y substancial: lo pasajero y lo eterno que llevamos a bordo.

Tenía horror a las palabras vanas, hasta negarle gracia e interés cuando no revelaban un problema vivo o trascendente.

Sentimentalmente, los que amaba sabían lo que era su amor, alro de lo cual no podían pasarse.

Inspiraba una confianza sin límites aunque la sentían lejos, hasta absurda en esa fuerte integridad que les daba reposo. Ella amaba trasponiendo como a ella la traspasaba el amor; quien lo soportaba.

Esta detención en su vida que superficialmente la desorientaba transformando su mundo, fué el gran amor. Aquel que algunos buscan y de estos pocos encuentran.

Así estaban sus treinta años, magníficos por la plenitud física y sentimental, colmados de gracia. Qué era sino, su amistad llena de todas las exquisiteces? Amistades distintas e iguales en intensidad, hacían un solo centro en su corazón.

Los que pasaban en su vida sintieron lo absoluto en ella y si la vida los llevó a un lado u otro guardaron dentro de sí, la revelación mágica de lo único. Así, le decían: "no hay parecido, no hay recuerdo cuando se está con usted". Ella contestaba a esto: "es muy sencillo, no tiene más que una sola palabra para ser: darse". No tan simple como ella lo explicaba porque aunque todos hablen de darse, nadie se da sino aquel que puede y ese misterio es de Dios. Lo comprendía así, pero también sabía que el darse cuesta sangre y eso era de ella.

El, era excepcional: era un hombre. Parecía absurdo decir esto, sin embargo tiene todo el sentido de la palabra.

Comunmente se habla de hombres y mujeres como si fueran distintas especies y en realidad, sólo se es hombre; el ser.

Sus vidas habían crecido distantes y sólo a unos pasos. Ninguno de los dos atribuía importancia al medio en que se habían educado.

Ambas familias de un mismo ambiente social, con sus larguezas y pequeñeces, de sus recuerdos las veces que habían saltado de la silla, cuando en el gran comedor familiar y ante bocados exquisitos, oían hablar con desprecio señorial, del pueblo llamándole "chusma" del inmigrante "ignorante", pues ellos veían con otros ojos y sentían que volvían a tomar posición los verdaderos valores. Ninguno de los dos tenía que hacer mucho esfuerzo para recordar que una generación anterior a sus abuelos — muchas veces lo habían oído de sus bocas — el jefe había sido inmigrante. Los hombres de aquella época no los consideraban "chusma" y gracias a esto, la posición económica que habían hecho costó la cultura de sus hijos y el refinamiento de sus nietos. Sabían que abrir la boca en una de estas discusiones era perder el tiempo, pero no lo perdían oyendo y desentendiéndose la verdadera posición: obreros todos, con la cabeza o en el corazón, con los pies o con las manos, todos a dar de sí lo que cada uno puede.

Indudablemente que marchaban contra la corriente, pero no se tallar, naturalmente, pisaban enemigos. Les era sin sentirlo que la gente se encastillara en abotones o se moviera, por creerse superiores al haber nacido entre largas comodidades, que pensaban fuera alguna generación.

Esa protección, armada de desprecio hacia el trabajador humilde les uno de los cuales y el primero que la hirió a ella, fué el trato absurdo de los cuales y el que primero la hirió a ella, fué el trato absurdo que vio que se daba al servicio doméstico, como si fuera esa gente de una especie inferior a la sagrada humanidad de los patrones, "cria de servicio doméstico en el criterio de los ricos terratenientes", fué su frase de rebeldía, el día que se juró a sí misma silencio para los que no quieren oír. Callar entre los suyos, porque no podía hablar de lo suyo.

Así se sentían desahogados de su ambiente, sin poder echarle lo bueno ni lo malo, el juego de luz y sombras, de cada uno. Para ellos había sido más bien inocuo, vacío, aunque rígido y cálidamente correcto.

En la lucha diaria del estudio, en el esforzado seguir adelante, encontraron a sus mejores amigos; compañeros de espíritu, de aficiones distintas pero el mismo sondejar: lo que cada uno vivía su propia trascendencia. Nna de las cosas que exaltaba a ambos, era la lealtad consigo mismo, "cómo no ser verdaderos, cómo vivir mintiéndose, si la vida se encarga de desengañarnos".

Esto le valió a ella, el no caer en el dominio de la vida social mundana. Tuvo todos los halagos pero no cedió a ninguno a pesar de que sentía, que a su alrededor se hacía el vacío.

Fué criticada, pero fué libre para no desperdiciar una pequeña gota de vida intensa, dolorosa y pura.

La creían contradictoria y solamente era verdadera, y acostumbrados a sacar consecuencias de un gesto, de una actitud, según el patrón común, aplicaban las reglas del caso y el resultado no era el que esperaban.

A él también, muchos lo desconocían y en descargo de su inferioridad por no ser capaces de algo elevado, lo clasificaban de oculto y de raro, porque no hacía su placer lo que hacía el de otros y porque desdibujaba el llegar a posiciones ventajosas haciendo la "tracante" de sus propios méritos.

Dos espíritus de esta calidad, alguna vez se encontrarían y el encuentro fué casual como fatalmente hay que llamarlo.

Salían de un curso de filosofía y como lloviese a cántaros, todos estaban a la caza de coches, y del grupo que se guardaba en la puerta, se desprendieron rápidamente dos personas, a tomar un

taxi que en ese momento pasaba; fué alcanzado por el hombre al mismo tiempo que por ella y cegada por la lluvia da la dirección y sube, no se había fijado que alguien había abierto la puerta y se dio cuenta cuando él le dijo: "sí no le importa, yo también voy por ese lado". Subió y comenzaron a conversar. Eran casi vecinos, habían nacido en la misma ciudad; frecuentaban los mismos lugares, cuando niños; todos los días a la plaza, a la iglesia los domingos y por la tarde a Palermo, del lado de los lagos — andaban en bicicleta y jugaban al football. Recordaron los trajes de marinero; el teatro de líteres del zoológico, en el que gozaron como jamás después volverían a gozar en teatro alguno.

Como eran personas muy ocupadas, resolvieron comer juntos después de la próxima clase.

Esa noche, comían y conversaban; luego cigarrillo tras cigarrillo siguieron las confidencias. Se reían por la semejanza de las experiencias que habían hecho. La aparente vida de hombre y mujer quedaba reducida a la sensibilidad que cada cual poseía, tanto, que ella le decía: "lo oigo a usted y me siento yo", y cuando el turno de contar le tocaba a ella, él le decía: "un momento, no siga, yo voy a decirle lo que usted sintió y en qué acabó la historia". Hablaban y la emoción los envolvía — al punto de no saber que el salón había quedado vacío y que los mozos discretamente iban quitando luz a la oscuridad — al ver que el uno al otro develaba su intimidad.

Todo fué tan sencillo, tan cómodo, tan sin defensas. Ellos no se lamentaban al tener que separarse después de una noche así, sino que en el fondo, tenían apuro de estar solos para saborear lo que acababa de pasar.

Ella, al llegar a la puerta de su casa, le dijo: "esta noche no pido más, pero mañana ya qué hora lo llamo". El con el rímel en la mano, contestó: "son las cinco de la mañana; me voy a acostar; me daré un baño y luego paso la mañana en el hospital y a la una la llamo: ¿está bien?".

Esto fué a diario. Tenían la sensación que más de lo que sentían no podría ser, porque al mismo tiempo los torturaba la angustia del acrecentarse eso maravilloso que los poseía.

"Nadie nos separa", se decía cada uno para sí. Una fuerte ligadura espiritual los unía, no nueva, sino que tan vieja como ellos, puesto que los era natural.

Eran dos que vivían intensamente juntos, minuto por minuto; sin prisa, sin desperdiciar nada, esa era la colocación que siempre habían tenido en la vida. No improvisaban en su relación, eran así, sólo lo que habían encontrado su objeto, en el cual se volcaban. Activos, listos a darse a los demás, pasaban noches enteras a l acabeara de algún enfermo — porque él era un profesional de amor — no sólo los cuidaban sino que los mimaban.

Ella ponderaba su dedicación y él le decía: "es lo único que puedo hacer yo, porque la enfermedad hace lo que quiere, confortar, ayudar al enfermo; por otra parte ya sabes, que creo que esto es lo único que podemos hacer los unos con los otros, ayudarnos y nada más".

"Entonces, tú no crees que en mi vida, ha acontecido algo formidable al encontrarte? Sólo una ayuda suya para tí".

"Sí, creo que en tu vida ha acontecido algo formidable como tú dices, porque a mí me ha acontecido, pero sé, que sólo nos ayudaremos a vivir el uno al otro".

"Y, entonces el amor?".

"El amor es eso, abrazarse en una misma llama como tú y yo. La verdad es que vivían lo absoluto".

Ella ocupada en las tareas de siempre, lo único que había cambiado que eran dos en las tareas de siempre, lo único que había cambiado que eran dos en las mismas cosas. Y de esta manera la mutua presencia, daba más fuerza y armonía a sus obras.

Sus escapadas al campo, no las perdían por nada: pájaros color oxígeno eran una necesidad física y espiritual. Eso de irse a la ciudad, a cualquier hora, sin preparativos, tanto de día como de noche; con tiempo bueno o malo, si tenían ganas de hacerlo, libres a su gusto; vagar, acostarse en el pasto y volver luego a embriagarse de aire, de sol, cargados de flores. "La fiesta de Dios", llamaban a esos días.

Las cosas del espíritu, las gustaban siempre, libros y algún curso de filosofía era lo que equilibraba la tarea diaria, que más tarde en la mesa de amigos se discutía y comentaría prolongando el placer de la inteligencia.

Gozaban también, andando por las calles de esta ciudad y descubriendo bellezas como en las mejores del mundo. Otras veces bajaban al río y las luces de los barcos que zarparan, las estrellas rojas y verdes de los mástiles en el reposo, el aire húmedo del agua cargaba sus párpados de nostalgias: de andar, de cruzar ese horizonte, de escapar a otras ciudades con otra magia. Y el posible fuera, caer en la ilusión del lenguaje desconocido, que da a la apariencia de especies distintas; de otras inquietudes, de otros anhelos, aunque demasiado pronto se sabe que todas las palabras son traducibles a la lengua propia. Y, no hay descanso que ambula por el mundo.

Los amigos de ambos, asistían en silencio a este prodigio, que era un poco de todos, el uno había entrado al grupo del otro, como si siempre hubiese hecho parte y la cordialidad inspiraba a cada uno su lugar.

Una de las noches en que comían todos los amigos juntos, se discutía sobre el desengaño de amor y él dirigiéndose a ella, le dijo: "Yo no creo que haya desengaño en el amor, porque el amor es o no es. No existe lo conquistado puesto que todos los días — si puede decirse así — ha de nacer de nuevo. La posesión es del instante y luego, tan lejos o tan cerca uno de otro según el amor. Hasta creo, que un día podemos despertarnos sin amor. ¡Eso es lo terrible del amar!".

"¿Así, que cualquier día podemos no amarnos? No puedo concebirlo".

"Tú hiciste algo para que realizáramos el amor que llevábamos adentro?".

"Lo esperé siempre y, es dura la vida esperando".

"Es dura la vida esperando, le dijo él y calló".

"Yo tengo la impresión, si puedo decir siquiera esto — porque no me da la cabeza para pensarlo — que no soportaría el vivir sin tí y sé porque hay quienes lo soportan, que a lo mejor no me mata".

El silencio era pesado después de este diálogo, con resonancia de tragedia, y cambiando de tono, con voz tierna les dijo él: "Amigos, no se asusten, vivimos de rodillas el uno ante el otro. Nos confundimos en un querer y no querer".

Hasta nos regalamos las mismas cosas — concluye ella — haciendo un placer del placer del otro y un dolor de la pena de cada uno, no se asusten, estamos viviendo lo que ustedes soñaron, nada más.

No podían negarse que estaban viviendo algo extraordinario, por más que el desarrollo de sus vidas fuera natural, no eran extraños a lo que les sucedía. Se comunicaban sus impresiones y ella descubría que antes de conocerlo a él, su vida ocupada en muchas cosas le parecía completa y le daba una satisfacción de ser algo. Y ahora que aún trabajaba más, le parecía que no hacía nada y sólo veía a él en todo y se sentía suspendida a esa vida que no era la suya, pero que era más que la suya puesto que la absorbía por entero. Todo lo que antes creía saber de sí, no lo sabía ahora y sin embargo tenía más conciencia de sí misma. ¡qué estado maravilloso y tremendo!

El contestaba a ella, con sus propias observaciones y le decía: "yo no sé si vivo, y nunca he sentido tanto la vida; un agradecimiento interior me absorbe, haciéndome vibrar con todo y con todos. Siento una fuerza interior, que a veces quiero contener porque me parece que se escapa de mí, hará catástrofes y eres tú y todo a través tuyo. Vivían en esa tensión, en esa conciencia de amor, que llaman locura — será por lo raro del caso — y que es sólo, la verdad del amor. El corazón se ingenia para que el amor haga lo que quiere y es-

POR GRACIELA BALIERO

Matando de Sobremesa

OSCAR PEYROU

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI



Este era un joven alto, anguloso, de pelo muy negro y ojos que tenían una claridad algo extraña para su rostro moreno. Era, naturalmente, un razonador, pero no fue quizás gracias a razonamientos que encontró la clave del enigma. Comprendía más bien las cosas en bloc; y si utilizaba a veces el análisis lo hacía para ver, después de haber entendido obscuramente el caso, si los efectos correspondían a la noción apriorística en que basaba su tesis. Tenía una ocupación: el monólogo interior. Pero este orador mudo, este conferencista sin auditorio, vio esa noche, en un hervor casi inhuma, no, — como otras en que había tenido la extraña impresión de que sus pensamientos se parecían a sus sensaciones — lo que para todos era invisible y se "comunicó" con un crimen.

— Pero ¿conocen ustedes Hampton House? Todos los que viajan en el North Eastern la conocen. Está cinco minutos antes de llegar a Berwick, en la colina que domina el pueblo, hosca y pizarrosa entre el follaje. De un lado, un pequeño jardín con caminos de grava; del otro, grandes araucarias y espinos. Una terraza comunica el "hall" con el jardín. El "hall" es correcto, severo. Un cuadro de Holbein — uno de los pocos que van quedando en las casas de la aristocracia inglesa — recuerda el primer Lord Westmore. Desde este salón se pasa al comedor por un lado y por el otro a la biblioteca. En el segundo piso hay una sala de armas y las habitaciones particulares de Lord Cyril.

La cena terminaba. Jenkins, el mayordomo — la nariz chata, los hombros cortos que le subían hasta el nervudo pescuezo; un aire de gorila desahogado en un mayordomo — entraba y salía silenciosamente.

Lord Rosebery — el amigo íntimo de Lord Cyril — parecía un poco excitado.

Tenía una cara roja, bajo los blancos cabellos y una barba cuidadosamente lisa, anudada; y hasta el nervudo pescuezo, un aire de gorila desahogado en un mayordomo — entraba y salía silenciosamente.

Giró la encendida nariz hacia Lord Cyril y se quedó mirándolo con los claros ojos muy abiertos, con esa dulce perplejidad sonriente que tienen a veces los borrachos. Abrió la boca pero la lengua se le trabó; le salió una palabra deformada, una palabra tarada. Entonces Lord Westmore se ajustó con parsimonia el monóculo, tosió y dijo:

— Es una buena idea... hm... es una excelente idea la del Court Club... y el humo del cigarrillo le hacía cerrar un ojo — una nueva rambra de pescadores es necesaria. Dice Burnside que en ese sitio hay más pesca que en el lado Sud.

El tema de la pesca se generalizó.

El atardecer había sido sereno, templado — con esa acústica especial que tiene a veces el crepúsculo del campo —; pero la noche se presentaba algo más fría y desahogada. Vane y Maugham salieron a la terraza. Una ventana lejana había pasado su juventud, hacía haber pasado su juventud.

— Junto con el Dr. Maugham, era uno de los caballeros que se declaraban a Lady Cynthia cada tres meses, metódicamente. Y tenían sobradas razones para hacerlo, no ya cada tres meses, sino cada semana, porque ella era una hermosa muchacha: el perfil cortante, los ojos de brillo casi metálico, y un aire más continental que los ingleses.

Sobre un cutis casi acetonado se destacaba aquella noche un traje rojo, de un rojo violento. Y para ella misma tuvo dramáticas alternativas. Lord Westmore — un hombre bajo, ventruado, con una nariz ajada que le caía sobre un bigote rojo y amarillento, como oxidado — no tenía descendientes directos. Lady Cynthia en cambio había sido para él como una hija.

Había resuelto, pues, transferir una parte considerable de su fortuna. Quería hacerlo lo antes posible, antes que su sobrino John Higgins, el heredero virtual, se enterara de sus intenciones y entablara alguna reclamación molesta. Stockson, el abogado, había estado por la tarde y volvería al día siguiente para terminar la transferencia. Poco después de terminar la cena todas las esperanzas de Lady Cynthia se habían esfumado, a causa de un acontecimiento algo insólito como pasatiempo de sobremesa: un asesinato.

Un asesinato que hubiera quedado en el misterio, si no se encuentra allí el joven Lester Vane.

Con el pretexto de buscar un libro, Vane entró a la biblioteca. Luego se detuvo ante un retrato de mujer pintado por Gainsborough; una gran dama de su tiempo sin duda; las facciones finas, el aire vago y desmayado; sobre los incandescentes cabellos, un enorme sombrero ladeado, lleno de plumas blancas. Desde la lámpara precaria eternidad de su marco dorado, parecía contemplar con un orgullo melancólico, el salón de sus triunfos. Era tan vivida la sugestión del retrato que Vane tuvo que reprimirse para no intentar algo de los rebuscados homenajes de la época. Habían pasado 20 minutos cuando, de pronto, fue conmovido por un terrible grito de mujer, y se quedó espantado, como si el grito hubiera partido de la misma dama del retrato. Arrojó — o se le cayó más bien — el libro que tenía en las manos, a tiempo que veía a Maugham correr hacia la escalera. Lo alcanzó y sin decir palabra subieron hasta la sala de armas. Allí encontraron a Cynthia frente al cuerpo inanimado de Lord Cyril. El doctor Maugham — que era el médico particular del noble — practicó una ligera revisión y comprobó que estaba muerto.

— Señores — dijo Maugham con un aire solemne y tembloroso — Lord Cyril Westmore ha muerto.

El mayordomo declaró que quince minutos antes, mientras pasaba por el corredor para dirigirse a la puerta, escuchó las palabras violentas de una discusión. Lord Cyril decía: "Es una condición ridícula que no conozca su humor cólico, no le dió importancia. Cuando bajó, aun seguía Lord Cyril hablando, así que no pudo oír la otra voz."

Todas las puertas estaban cerradas. Jenkins no se había movido de la de la calle en todo el tiempo, después que bajó. Maugham y Lady Rosebery habían estado en la terraza desde diez minutos antes que se escuchara el grito de Cynthia y no había visto a nadie salir por el jardín.

Con el pretexto de buscar un libro, Vane entró a la biblioteca. Luego se detuvo ante un retrato de mujer pintado por Gainsborough; una gran dama de su tiempo sin duda; las facciones finas, el aire vago y desmayado; sobre los incandescentes cabellos, un enorme sombrero ladeado, lleno de plumas blancas. Desde la lámpara precaria eternidad de su marco dorado, parecía contemplar con un orgullo melancólico, el salón de sus triunfos. Era tan vivida la sugestión del retrato que Vane tuvo que reprimirse para no intentar algo de los rebuscados homenajes de la época. Habían pasado 20 minutos cuando, de pronto, fue conmovido por un terrible grito de mujer, y se quedó espantado, como si el grito hubiera partido de la misma dama del retrato. Arrojó — o se le cayó más bien — el libro que tenía en las manos, a tiempo que veía a Maugham correr hacia la escalera. Lo alcanzó y sin decir palabra subieron hasta la sala de armas. Allí encontraron a Cynthia frente al cuerpo inanimado de Lord Cyril. El doctor Maugham — que era el médico particular del noble — practicó una ligera revisión y comprobó que estaba muerto.

— Señores — dijo Maugham con un aire solemne y tembloroso — Lord Cyril Westmore ha muerto.

El mayordomo declaró que quince minutos antes, mientras pasaba por el corredor para dirigirse a la puerta, escuchó las palabras violentas de una discusión. Lord Cyril decía: "Es una condición ridícula que no conozca su humor cólico, no le dió importancia. Cuando bajó, aun seguía Lord Cyril hablando, así que no pudo oír la otra voz."

Todas las puertas estaban cerradas. Jenkins no se había movido de la de la calle en todo el tiempo, después que bajó. Maugham y Lady Rosebery habían estado en la terraza desde diez minutos antes que se escuchara el grito de Cynthia y no había visto a nadie salir por el jardín.

Cynthia, por su parte, había subido a buscar a Lord Westmore el notar su ausencia desde poco después de haber salido a la terraza.

Mientras Lord Rosebery telefonaba a la policía, Vane y Maugham examinaron la sala de armas. Tendría unos diez metros de largo por siete de ancho.

En un extremo, cerca de la ventana había un billar. Junto a la ventana los tacos, en un armario cerrado con llave. En la pared contraria dos cismoyones cruzados eran una pretensión heráldica, pero inofensiva; estaban a demasiada altura para ser alcanzados. Abajo en unos estantes algunas armas y los útiles de pesca de Lord Westmore. El cuerpo de él se encontraba de espaldas, con las piernas a un metro más o menos del billar, y la cabeza hacia la puerta.

El médico policial llegó cinco minutos antes que el inspector Whitewing, de Scotland Yard, — un hombre de pelo rojo, grandes anteojos y mejillas sonrosadas — que estaba de paso en el lugar. El inspector Jameson, de la policía local, llegó después. Whitewing empezó sacando un sobretodo gris y dejándolo a la vista un traje claro, aderezado. Después lanzó una mirada cansada a todos los circunstantes y ordenó al médico una nueva revisión. El médico, — Pemberton, Alfred Pemberton — estuvo de acuerdo con el resultado de la revisión anterior. Agregó, sin embargo, que la cabeza no parecía muy deteriorada, aunque el golpe sufrido era evidentemente mortal. Whitewing, después de sacar varias fotografías dispuso que el cuerpo fuese llevado a la central de policía. Después, ayudado por Jameson revisó prolijamente la casa. Todos los rincones fueron escrutados; todas las armas examinadas. El jarro recorrido detenidamente, pulgado por pulgado, fue tan pobre en indicios como el interior de la casa.

Lady Rosebery parecía a punto de desmayarse; las emociones de la noche la habían agotado. El noble, pensó en el heroico coraje, librando una oscura lucha con el "superavil" de la dama.

Con el pretexto de buscar un libro, Vane entró a la biblioteca. Luego se detuvo ante un retrato de mujer pintado por Gainsborough; una gran dama de su tiempo sin duda; las facciones finas, el aire vago y desmayado; sobre los incandescentes cabellos, un enorme sombrero ladeado, lleno de plumas blancas. Desde la lámpara precaria eternidad de su marco dorado, parecía contemplar con un orgullo melancólico, el salón de sus triunfos. Era tan vivida la sugestión del retrato que Vane tuvo que reprimirse para no intentar algo de los rebuscados homenajes de la época. Habían pasado 20 minutos cuando, de pronto, fue conmovido por un terrible grito de mujer, y se quedó espantado, como si el grito hubiera partido de la misma dama del retrato. Arrojó — o se le cayó más bien — el libro que tenía en las manos, a tiempo que veía a Maugham correr hacia la escalera. Lo alcanzó y sin decir palabra subieron hasta la sala de armas. Allí encontraron a Cynthia frente al cuerpo inanimado de Lord Cyril. El doctor Maugham — que era el médico particular del noble — practicó una ligera revisión y comprobó que estaba muerto.

Con el pretexto de buscar un libro, Vane entró a la biblioteca. Luego se detuvo ante un retrato de mujer pintado por Gainsborough; una gran dama de su tiempo sin duda; las facciones finas, el aire vago y desmayado; sobre los incandescentes cabellos, un enorme sombrero ladeado, lleno de plumas blancas. Desde la lámpara precaria eternidad de su marco dorado, parecía contemplar con un orgullo melancólico, el salón de sus triunfos. Era tan vivida la sugestión del retrato que Vane tuvo que reprimirse para no intentar algo de los rebuscados homenajes de la época. Habían pasado 20 minutos cuando, de pronto, fue conmovido por un terrible grito de mujer, y se quedó espantado, como si el grito hubiera partido de la misma dama del retrato. Arrojó — o se le cayó más bien — el libro que tenía en las manos, a tiempo que veía a Maugham correr hacia la escalera. Lo alcanzó y sin decir palabra subieron hasta la sala de armas. Allí encontraron a Cynthia frente al cuerpo inanimado de Lord Cyril. El doctor Maugham — que era el médico particular del noble — practicó una ligera revisión y comprobó que estaba muerto.

Con el pretexto de buscar un libro, Vane entró a la biblioteca. Luego se detuvo ante un retrato de mujer pintado por Gainsborough; una gran dama de su tiempo sin duda; las facciones finas, el aire vago y desmayado; sobre los incandescentes cabellos, un enorme sombrero ladeado, lleno de plumas blancas. Desde la lámpara precaria eternidad de su marco dorado, parecía contemplar con un orgullo melancólico, el salón de sus triunfos. Era tan vivida la sugestión del retrato que Vane tuvo que reprimirse para no intentar algo de los rebuscados homenajes de la época. Habían pasado 20 minutos cuando, de pronto, fue conmovido por un terrible grito de mujer, y se quedó espantado, como si el grito hubiera partido de la misma dama del retrato. Arrojó — o se le cayó más bien — el libro que tenía en las manos, a tiempo que veía a Maugham correr hacia la escalera. Lo alcanzó y sin decir palabra subieron hasta la sala de armas. Allí encontraron a Cynthia frente al cuerpo inanimado de Lord Cyril. El doctor Maugham — que era el médico particular del noble — practicó una ligera revisión y comprobó que estaba muerto.

Con el pretexto de buscar un libro, Vane entró a la biblioteca. Luego se detuvo ante un retrato de mujer pintado por Gainsborough; una gran dama de su tiempo sin duda; las facciones finas, el aire vago y desmayado; sobre los incandescentes cabellos, un enorme sombrero ladeado, lleno de plumas blancas. Desde la lámpara precaria eternidad de su marco dorado, parecía contemplar con un orgullo melancólico, el salón de sus triunfos. Era tan vivida la sugestión del retrato que Vane tuvo que reprimirse para no intentar algo de los rebuscados homenajes de la época. Habían pasado 20 minutos cuando, de pronto, fue conmovido por un terrible grito de mujer, y se quedó espantado, como si el grito hubiera partido de la misma dama del retrato. Arrojó — o se le cayó más bien — el libro que tenía en las manos, a tiempo que veía a Maugham correr hacia la escalera. Lo alcanzó y sin decir palabra subieron hasta la sala de armas. Allí encontraron a Cynthia frente al cuerpo inanimado de Lord Cyril. El doctor Maugham — que era el médico particular del noble — practicó una ligera revisión y comprobó que estaba muerto.

Con el pretexto de buscar un libro, Vane entró a la biblioteca. Luego se detuvo ante un retrato de mujer pintado por Gainsborough; una gran dama de su tiempo sin duda; las facciones finas, el aire vago y desmayado; sobre los incandescentes cabellos, un enorme sombrero ladeado, lleno de plumas blancas. Desde la lámpara precaria eternidad de su marco dorado, parecía contemplar con un orgullo melancólico, el salón de sus triunfos. Era tan vivida la sugestión del retrato que Vane tuvo que reprimirse para no intentar algo de los rebuscados homenajes de la época. Habían pasado 20 minutos cuando, de pronto, fue conmovido por un terrible grito de mujer, y se quedó espantado, como si el grito hubiera partido de la misma dama del retrato. Arrojó — o se le cayó más bien — el libro que tenía en las manos, a tiempo que veía a Maugham correr hacia la escalera. Lo alcanzó y sin decir palabra subieron hasta la sala de armas. Allí encontraron a Cynthia frente al cuerpo inanimado de Lord Cyril. El doctor Maugham — que era el médico particular del noble — practicó una ligera revisión y comprobó que estaba muerto.

Con el pretexto de buscar un libro, Vane entró a la biblioteca. Luego se detuvo ante un retrato de mujer pintado por Gainsborough; una gran dama de su tiempo sin duda; las facciones finas, el aire vago y desmayado; sobre los incandescentes cabellos, un enorme sombrero ladeado, lleno de plumas blancas. Desde la lámpara precaria eternidad de su marco dorado, parecía contemplar con un orgullo melancólico, el salón de sus triunfos. Era tan vivida la sugestión del retrato que Vane tuvo que reprimirse para no intentar algo de los rebuscados homenajes de la época. Habían pasado 20 minutos cuando, de pronto, fue conmovido por un terrible grito de mujer, y se quedó espantado, como si el grito hubiera partido de la misma dama del retrato. Arrojó — o se le cayó más bien — el libro que tenía en las manos, a tiempo que veía a Maugham correr hacia la escalera. Lo alcanzó y sin decir palabra subieron hasta la sala de armas. Allí encontraron a Cynthia frente al cuerpo inanimado de Lord Cyril. El doctor Maugham — que era el médico particular del noble — practicó una ligera revisión y comprobó que estaba muerto.

Con el pretexto de buscar un libro, Vane entró a la biblioteca. Luego se detuvo ante un retrato de mujer pintado por Gainsborough; una gran dama de su tiempo sin duda; las facciones finas, el aire vago y desmayado; sobre los incandescentes cabellos, un enorme sombrero ladeado, lleno de plumas blancas. Desde la lámpara precaria eternidad de su marco dorado, parecía contemplar con un orgullo melancólico, el salón de sus triunfos. Era tan vivida la sugestión del retrato que Vane tuvo que reprimirse para no intentar algo de los rebuscados homenajes de la época. Habían pasado 20 minutos cuando, de pronto, fue conmovido por un terrible grito de mujer, y se quedó espantado, como si el grito hubiera partido de la misma dama del retrato. Arrojó — o se le cayó más bien — el libro que tenía en las manos, a tiempo que veía a Maugham correr hacia la escalera. Lo alcanzó y sin decir palabra subieron hasta la sala de armas. Allí encontraron a Cynthia frente al cuerpo inanimado de Lord Cyril. El doctor Maugham — que era el médico particular del noble — practicó una ligera revisión y comprobó que estaba muerto.

Con el pretexto de buscar un libro, Vane entró a la biblioteca. Luego se detuvo ante un retrato de mujer pintado por Gainsborough; una gran dama de su tiempo sin duda; las facciones finas, el aire vago y desmayado; sobre los incandescentes cabellos, un enorme sombrero ladeado, lleno de plumas blancas. Desde la lámpara precaria eternidad de su marco dorado, parecía contemplar con un orgullo melancólico, el salón de sus triunfos. Era tan vivida la sugestión del retrato que Vane tuvo que reprimirse para no intentar algo de los rebuscados homenajes de la época. Habían pasado 20 minutos cuando, de pronto, fue conmovido por un terrible grito de mujer, y se quedó espantado, como si el grito hubiera partido de la misma dama del retrato. Arrojó — o se le cayó más bien — el libro que tenía en las manos, a tiempo que veía a Maugham correr hacia la escalera. Lo alcanzó y sin decir palabra subieron hasta la sala de armas. Allí encontraron a Cynthia frente al cuerpo inanimado de Lord Cyril. El doctor Maugham — que era el médico particular del noble — practicó una ligera revisión y comprobó que estaba muerto.

Con el pretexto de buscar un libro, Vane entró a la biblioteca. Luego se detuvo ante un retrato de mujer pintado por Gainsborough; una gran dama de su tiempo sin duda; las facciones finas, el aire vago y desmayado; sobre los incandescentes cabellos, un enorme sombrero ladeado, lleno de plumas blancas. Desde la lámpara precaria eternidad de su marco dorado, parecía contemplar con un orgullo melancólico, el salón de sus triunfos. Era tan vivida la sugestión del retrato que Vane tuvo que reprimirse para no intentar algo de los rebuscados homenajes de la época. Habían pasado 20 minutos cuando, de pronto, fue conmovido por un terrible grito de mujer, y se quedó espantado, como si el grito hubiera partido de la misma dama del retrato. Arrojó — o se le cayó más bien — el libro que tenía en las manos, a tiempo que veía a Maugham correr hacia la escalera. Lo alcanzó y sin decir palabra subieron hasta la sala de armas. Allí encontraron a Cynthia frente al cuerpo inanimado de Lord Cyril. El doctor Maugham — que era el médico particular del noble — practicó una ligera revisión y comprobó que estaba muerto.

manchas de sangre, sobre el paño, y dos o tres cabellos. Whitewing, notando que Lester colaboraba oficialmente en la búsqueda de indicios, se quedó mirándolo a través de sus anteojos radiantes y del humo espeso del cigarrillo.

— ¿Qué piensa usted, Mr. Vane? — le dijo con su voz sonora.

— Pero yo no he visto ninguna sábana.

— No siempre los fantasmas han de andar con sábanas.

— Aquí y en Roma — contestó el otro — los fantasmas andan de blanco.

— No; en Roma eran los senadores los que...

Pero en ese momento apareció la atilada figura de Jenkins. Venía precedido de Mr. Bottsford, gerente del Banco Clay. Antes de que llegara más gente, Whitewing procedió a una revisión personal de todos los circunstantes. Dijo que no sospechaba de personas tan calificadas, pero que era su deber cerciorarse de todo lo que pudiera concurrir al esclarecimiento.

Después ordenó abrir la caja de hierro. Se encontró un pagaré por 750 libras contra el Banco de Inglaterra, suscripto por Higgins, sobrino y heredero de Lord Westmore. Otro de 200 contra el Banco Clay fue reconocido por Mr. Rottfford como el mismo documento levantado por Lord Westmore un mes antes, en vista de la imposibilidad de Higgins para hacerlo. Un pequeño departamento, que estaba cerrado con llave especial, no pudo ser abierto.

Mientras tanto Vane examinaba la ventana abierta.

— Si alguien se larga por aquí — decía el joven, como monologando — tiene cincuenta probabilidades sobre cien de romperse una pierna. Claro que una cachiporra no puede romperse una pierna; pero el dueño tiene que salir por alguna otra parte para recogerla.

— Parece claro — interrumpió Whitewing, mientras lo miraba a una manera un poco molesta — el hombre saltó como un mono y después traspuso la verja.

El sospechoso Higgins no apareció. No estaba en su casa, en Berwick; en el Court Club tampoco. Whitewing ordenó entonces una investigación y encomendó a Jameson la detención inmediata del misterioso sobrino.

Cada a dos y a burritos por la infructuosa búsqueda todos se reunieron en el "hall. Se produjo un silencio blando, ensortijado. Lady Cynthia parecía muy deprimida. Mr. Carrillo, que siempre estaba reafriado, empezó a sentir un leve picor en la garganta, luego un cosquillo suave, como de plumas, en la nariz y de pronto se soltó a estornudar. El silencio concluyó en un silencio de plomo. Los estornudos de Mr. Carrillo se volcaron en todos los tonos de la escala y en las más variadas modulaciones. Hubo un susurro, confidencial, que pareció un chistido; y todos se dieron vuelta. Otro alargado, bajo, severo, era como un aiseo en un concierto de Tchakowsky, cuando entra un señor arrastrando un paraguas. No que él ninguna duda de que si Mr. Carrillo hablaba defectuosamente el inglés su pronunciación en cambio mejoraba notablemente cuando lo estornudaba. Vane sonrió.

Cynthia, nerviosa, largó una risita seca. Carrillo guardó su pañuelo y la miró perplejo, pestañando. Después hizo describir a su cabeza una majestuosa curva y se quedó mirando hacia otro lado, ofendido.

El único que no perdió la calma fue Whitewing. Estaba sentado frente a la escalera, hundido en un sillón y envuelto en una nube de humo azul. Parecía tener la entera gestión encomendada a Jameson.

Pasaron 15 minutos antes que llegara, agitado, el inspector Whitewing. Después, ayudado por Jameson revisó prolijamente la casa. Todos los rincones fueron escrutados; todas las armas examinadas. El jarro recorrido detenidamente, pulgado por pulgado, fue tan pobre en indicios como el interior de la casa.

Lady Rosebery parecía a punto de desmayarse; las emociones de la noche la habían agotado. El noble, pensó en el heroico coraje, librando una oscura lucha con el "superavil" de la dama.

Después, tratando de no ser visto, se dirigió al teléfono y estuvo hablando un instante. Whitewing, por su parte, había conversado con Jameson y citó a Vane y a Maugham en la biblioteca.

Haciendo esfuerzos para atemperar su voz dijo:

— Creo que el crimen está aclarado, señores. Antes de darles el nombre del culpable voy a confiarle el razonamiento que me ha permitido formular esta hipótesis. Necesito rectificar algunos detalles y ustedes pueden ayudarme. En todas las investigaciones que he realizado — recuerden ustedes el caso de Schumacher — me he preocupado ante todo de la persona. El estudio psicológico, el análisis de sus intenciones, de sus vacilaciones, me han permitido muchas veces aclarar un crimen. Confieso que en este caso, observándolos a ustedes, no he podido encontrar el menor dato que me pudiera dar margen a una construcción cualquiera. Pero no me ha pasado lo mismo en cuanto a Higgins.

La extraordinaria calma y actitud volvió las cosas al estado anterior. Nuevas conjeturas fueron hechas. Lord Westmore había vivido en la India. Whitewing ordenó una revisión de antecedentes de todos los visitantes de la tarde, entre los cuales, según Jenkins, había habido dos o tres tipos extraños. La idea de un crimen exótico (la joya robada en el templo de Buda concierne sobre el poseedor terribles venganzas; un misterioso cuchillo de silas, sólo empleado en la remota isla de Occania aparece escondido) les hizo ver, como una sugestión de viejas películas de aventuras, adamantinos rostros orientales y miradas filosas como dagas.

Whitewing los volvió a la realidad con su voz de bronce.

— Traígame — ordenó a Jameson — todos los detalles de la detención de Higgins.

Sentado en el rincón más obscuro de la biblioteca, Lester Vane meditaba. Un endable rayo de luna filtrado entre las cortinas corridas andaba a tientas por la pared. La punta alumbra del cigarrillo se vivaba y palidecía a instantes iguales, como marcando un ritmo a su pensamiento.

Antes un crimen era un crimen. "Raul de Keradec entró en la alcoba y gritó: ¡perjurio! Un grito y un tiro simultáneo se oyeron y el cuerpo de la infortunada Alina de Champfleury rodó sobre la alfombra". Después de un asesinato tan simple era lógico que el infortunado criminal se suicidara de vergüenza, de un balazo en la boca.

Ahora es diferente: el asesino estudia a su víctima; estudia el arma; organiza el crimen de acuerdo al escenario que le interesa. Después de un crimen tan simple era lógico que el infortunado criminal se suicidara de vergüenza, de un balazo en la boca.

La biblioteca, cada rincón de la biblioteca, parecía corporizar un retazo de la vida de Lord Westmore. En un rincón, junto a viejos libros, a viejas revistas francesas, estaba su juventud, borrachosa, alcohólica, vivida más en París que en Londres, al estilo de Eduardo VII.

Medido por recuerdos y sugerencias que flotaban en la penumbra, como una fragancia, fue invadida esa latitud del misterio, esa zona neblinosa que lo atraía como una fuerza magnética: el crimen.

Habrían pasado veinte minutos cuando salió a la terraza. El frío había recrudecido. Nubes rampantes que venían del Sur casi ocultaban la luna. Del lado de Berwick el cielo parecía haberse descargado en lluvia.

Vane miró hacia el puente. Sobre el hoso fondo de la noche brillaban las letras del "affiche". Se quedó un rato, con sus ojos claros, inexpresivos, fijos en el letrero. Después su rostro enrojeció un poco; hizo con sus dedos un cliquetteo nervioso y volvió a entrar, sin reparar en Maugham y en Carrillo, que lo miraban como a un loco. El letrero decía: "Nin-a ruela es más fuerte que su rayo más débil". El resto no se percibía.

Adentro Whitewing seguía con entusiasmo buscando nuevos indicios. Estuvo revisando con detenimiento por centésima vez, todos los objetos susceptibles de matar un hombre. Vane se puso a producir un efecto bien cómico, porque buscaba en lugares increíbles y se detenía en objetos no ya susceptibles de matar un hombre, sino ni siquiera un niño de pecho. Parecía Chaplin cuando busca un hombre debajo de una alfombra. Pero no encontró nada de importancia.

— Todavía no — contestó al ayudante — pero ya se tienen las señas del auto que paró frente al hotel.

Cuando Whitewing salió, Vane se quedó solo; pero no habían pasado cinco minutos cuando Waismords — el secretario de Lord Westmore, en quien nadie había reparado porque era casi invisible de insignificante — se le acercó.

— Mister Vane — le dijo con una voz chillona, sin saber qué hacer con sus manos, como los malos actores — tengo que confiarle una cosa muy grave. Whitewing no le dijo hace un rato toda la verdad. En realidad sospecha también de usted.

— Si — dijo Vane con animación, agradablemente sorprendido por el pensarse capaz de un buen asesinato — pero ¿por qué entonces me habló de Higgins?

— Sabe que usted es íntimo amigo de Higgins, se le dijo Lord

— Después, tratando de no ser visto, se dirigió al teléfono y estuvo hablando un instante. Whitewing, por su parte, había conversado con Jameson y citó a Vane y a Maugham en la biblioteca.

Haciendo esfuerzos para atemperar su voz dijo:

— Creo que el crimen está aclarado, señores. Antes de darles el nombre del culpable voy a confiarle el razonamiento que me ha permitido formular esta hipótesis. Necesito rectificar algunos detalles y ustedes pueden ayudarme. En todas las investigaciones que he realizado — recuerden ustedes el caso de Schumacher — me he preocupado ante todo de la persona. El estudio psicológico, el análisis de sus intenciones, de sus vacilaciones, me han permitido muchas veces aclarar un crimen. Confieso que en este caso, observándolos a ustedes, no he podido encontrar el menor dato que me pudiera dar margen a una construcción cualquiera. Pero no me ha pasado lo mismo en cuanto a Higgins.

La extraordinaria calma y actitud volvió las cosas al estado anterior. Nuevas conjeturas fueron hechas. Lord Westmore había vivido en la India. Whitewing ordenó una revisión de antecedentes de todos los visitantes de la tarde, entre los cuales, según Jenkins, había habido dos o tres tipos extraños. La idea de un crimen exótico (la joya robada en el templo de Buda concierne sobre el poseedor terribles venganzas; un misterioso cuchillo de silas, sólo empleado en la remota isla de Occania aparece escondido) les hizo ver, como una sugestión de viejas películas de aventuras, adamantinos rostros orientales y miradas filosas como dagas.

Whitewing los volvió a la realidad con su voz de bronce.

— Traígame — ordenó a Jameson — todos los detalles de la detención de Higgins.

Sentado en el rincón más obscuro de la biblioteca, Lester Vane meditaba. Un endable rayo de luna filtrado entre las cortinas corridas andaba a tientas por la pared. La punta alumbra del cigarrillo se vivaba y palidecía a instantes iguales, como marcando un ritmo a su pensamiento.

Antes un crimen era un crimen. "Raul de Keradec entró en la alcoba y gritó: ¡perjurio! Un grito y un tiro simultáneo se oyeron y el cuerpo de la infortunada Alina de Champfleury rodó sobre la alfombra". Después de un asesinato tan simple era lógico que el infortunado criminal se suicidara de vergüenza, de un balazo en la boca.

Ahora es diferente: el asesino estudia a su víctima; estudia el arma; organiza el crimen de acuerdo al escenario que le interesa. Después de un crimen tan simple era lógico que el infortunado criminal se suicidara de vergüenza, de un balazo en la boca.

La biblioteca, cada rincón de la biblioteca, parecía corporizar un retazo de la vida de Lord Westmore. En un rincón, junto a viejos libros, a viejas revistas francesas, estaba su juventud, borrachosa, alcohólica, vivida más en París que en Londres, al estilo de Eduardo VII.

Medido por recuerdos y sugerencias que flotaban en la penumbra, como una fragancia, fue invadida esa latitud del misterio, esa zona neblinosa que lo atraía como una fuerza magnética: el crimen.

Habrían pasado veinte minutos cuando salió a la terraza. El frío había recrudecido. Nubes rampantes que venían del Sur casi ocultaban la luna. Del lado de Berwick el cielo parecía haberse descargado en lluvia.

Vane miró hacia el puente. Sobre el hoso fondo de la noche brillaban las letras del "affiche". Se quedó un rato, con sus ojos claros, inexpresivos, fijos en el letrero. Después su rostro enrojeció un poco; hizo con sus dedos un cliquetteo nervioso y volvió a entrar, sin reparar en Maugham y en Carrillo, que lo miraban como a un loco. El letrero decía: "Nin-a ruela es más fuerte que su rayo más débil". El resto no se percibía.

Adentro Whitewing seguía con entusiasmo buscando nuevos indicios. Estuvo revisando con detenimiento por centésima vez, todos los objetos susceptibles de matar un hombre. Vane se puso a producir un efecto bien cómico, porque buscaba en lugares increíbles y se detenía en objetos no ya susceptibles de matar un hombre, sino ni siquiera un niño de pecho. Parecía Chaplin cuando busca un hombre debajo de una alfombra. Pero no encontró nada de importancia.

— Todavía no — contestó al ayudante — pero ya se tienen las señas del auto que paró frente al hotel.

Cuando Whitewing salió, Vane se quedó solo; pero no habían pasado cinco minutos cuando Waismords — el secretario de Lord Westmore, en quien nadie había reparado porque era casi invisible de insignificante — se le acercó.

— Mister Vane — le dijo con una voz chillona, sin saber qué hacer con sus manos, como los malos actores — tengo que confiarle una cosa muy grave. Whitewing no le dijo hace un rato toda la verdad. En realidad sospecha también de usted.

— Si — dijo Vane con animación, agradablemente sorprendido por el pensarse capaz de un buen asesinato — pero ¿por qué entonces me habló de Higgins?

— Sabe que usted es íntimo amigo de Higgins, se le dijo Lord



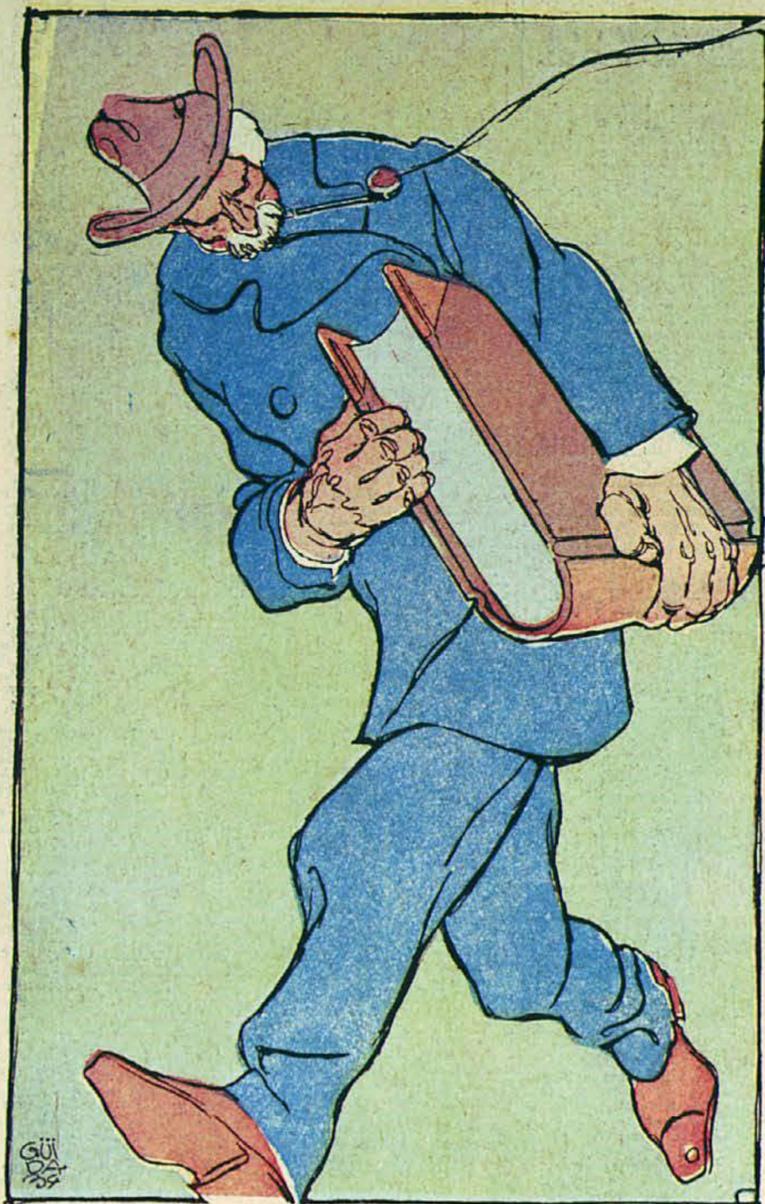
Rosebery antes de retirarse. No lo descartaría a Higgins, por supuesto; pero pensó probarlo a usted por las dudas. Pensó que usted en caso de tener algo que ver se entusiasmaría con la hipótesis que le comunicaba, demostrando así el interés que tiene en slejar las sospechas.

— Eso es creerme muy estúpido — contestó el joven —; en todo caso yo hubiera negado rotundamente la hipótesis, que es lo mismo, pero algo más sutil.

Cuando Whitewing volvió a encontrar a Vane lo miró de un modo extraño.

— Hace un rato — le dijo — lo vi buscando indicios de una manera algo rara, ¿tiene usted una idea del crimen?

— No tiene importancia, ahora que el crimen está aclarado. Pero ante la insistencia del detective el joven continuó; y partió, al contrario de usted, de un punto de vista impersonal. Pense que había cierta diferencia entre subir y bajar, entre volar y caer. Si alguien podía largarse desde cuatro metros de altura, tenía primeramente que haber subido. Y la forma de la pared no permite esto fácilmente. Además, si Lord Cyril hubiera aceptado una discusión, habría llamado, y al ser agredido habría gritado. Pensé entonces que el criminal estaba en la casa, y para entender yo mismo el caso no me puse en el punto de vista del policía sino en el del asesino. Pensé en sus problemas: sin duda el principal era el del arma, no solamente respecto del arma, pero en cuanto a su ocultación. Ahora bien: es claro que si Lord Cyril veía a alguien con un arma frente a él habría gritado aunque el otro fuera un invitado. Quedan, escuche bien, dos hipótesis: que el hombre después de la discusión haya pasado atrás de Lord Cyril y lo haya atacado por la espalda; en este caso no necesitaba elegir de manera especial al arma; pero nosotros la hubiéramos encontrado en nuestra prolija revisión. La otra hipótesis es que el criminal no necesitara esconder el arma, porque ésta



Una Vieja Biblia

CUANDO un hombre se dedica a escribir y a publicar en diarios o en revistas lo que escribe, para sacar provecho de ello, y llega un momento en que necesariamente debe publicar algo, pero no tiene qué, hace lo que voy a hacer ahora, transcribiendo una carta que me ha llegado, de alguien que tiene mucha predisposición para escribir. Esa carta, que me va a ahorrar lo que tengo que escribir para ganarme lo que necesito ganar escribiendo, dice lo siguiente:

"Estimado señor Setaro:
"Mi tío Hércules tiene ahora setenta años, de modo que en ninguna forma podría haber vivido él en el año 1850, no obstante lo cual, por la singular estimación que profesó a sus canas, al blanco de sus canas, por lo de años transcurridos y vida vivida de que hablan esas canas de blanco tan vivo, nunca le he dicho mis dudas cuando, de tiempo en tiempo, se me acerca y con aires de complicidad, que me halaga, me propone que escriba la historia de aquel caballero liberal inglés que un día entró en la librería de Wood y Wilson, en Londres; a comprar una biblia, una flamante biblia, recién impresa por la Sociedad Americana de Librerías, biblia esta que, por lo mismo que mi tío Hércules tiene ahora setenta años, está ahora amarillenta, tiene las tapas carcomidas por la polilla, y en otras partes donde las polillas no la han carcomido, humedad de que se advierten los efectos en cierto tono verde que ahora asume la negra tela de la encuadernación. Mi tío dice que esa humedad no es la de las paredes de las casas viejas, construidas sin protección contra las filtraciones de agua, en que suelen estar recostadas las viejas bibliotecas, sino la que quedó en la vieja biblia por circunstancia de haber flotado sobre las aguas del mar hasta ir a posarse en la arena de la playa de Montevideo, donde él la encontró, enterándose así del destino del caballero inglés que, en su presencia, había ido a comprarla en la librería de Wood y Wilson, en Londres, poco más o menos allá por el año 1850.

"Yo pienso que mi tío debe estar un poco trascurado de fechas y de lugares, por culpa de haber vivido tantas fechas y haber visto tantos lugares, pues en ninguna forma podría él haber estado en 1850 frente al escaparate de los librerías Wood y Wilson, de Londres. En primer lugar, porque mi tío no había nacido aún en 1850, y además, porque recién lo llevaron a Londres catorce años después, cuando él acababa de cumplir los diez, que es una edad en que los niños que estaban en Londres no miraban mucho las biblias de tapas negras de los escaparates de las librerías, sino que se interesaban por los folletines que en cuaderillos vendía el señor Dickens, donde había muchas cosas que les gustaba leer a los niños. Sin embargo, así como yo me imagino que es lo que hacían los niños que se paraban en 1850 frente a los escaparates de las librerías de Londres, sin haber estado presente y sólo por causa de los sucesivos recuerdos que tienen los hombres y que se van pasando de uno a otro, hasta hacer que los últimos hablen de las cosas con la

misma seguridad que lo hicieron los primeros que las habían visto, es posible que mi tío no hubiera estado presente cuando el señor inglés compró la biblia en la casa de Wood y Wilson, pero que recordara cómo entraban a comprar libros los hombres en aquel entonces (un poco después de 1850) y con el pasar del tiempo, por acordarse tantas veces de ello, llegara a creer que era cierto que había estado presente cuando fué comprada una biblia que él encontró sobre la arena de la playa de Montevideo.

"Lo cierto es que mi tío siempre está abriendo y leyendo en esa vieja biblia y que cada vez que me sorprende escribiendo, lo que he advertido que le gusta mucho que yo haga, viene y como si cometiera alguna acción prohibida o contraviniere disposiciones de mis padres, observa si ellos están cerca y pueden oírle, y me propone que escriba la historia de ese caballero inglés. Lo curioso es que lo único que yo sé es que un caballero inglés, que hasta ese momento había sido siempre liberal y ateo, y dedicaba todo su tiempo para leer en enterarse de lo que se había descubierto que era falso de cuanto estuviera escrito en la biblia, entró un día a la casa de Wood y Wilson, en Londres, y compró una flamante biblia. Años después, una tarde que mi tío andaba paseando por la costa

de Montevideo (nunca ha querido decirme por qué andaba paseando por la costa) encontró sobre la arena algunos restos de lo que debieron ser provisiones de un barco, una caja de galleta,

unos cordajes, y entre ellos y húmeda como los mismos cordajes, la biblia impresa por la Sociedad Americana de Librerías, que vendían los librerías Wood y Wilson, en Londres. Esa biblia, observada detenidamente, tiene las tapas y las hojas con una vieja humedad, y sobre el amarillo de éstas se lee: "De Mary a John, mi adorado capitán". Debajo de la dedicatoria hay una firma muy borrosa, y más abajo aún, con otra letra, están marcados los números de unas páginas, que son aquellas donde la biblia contiene los pasajes que los capitanes leen a los pasajeros, cuando los pasajeros son una pareja que se quieren casar a bordo.

"De todo esto yo no cazo argumento ninguno que pueda servirme para escribir un cuento o una novela, como quiere mi tío, y es por ello que le escribo a usted, a quien no conozco, pero de quien he leído algunos cuentos que me han gustado y que sabe cómo deben aprovecharse las cosas para que sirvan de argumento para un cuento y me indique qué camino debo seguir.

"Comprenderá que el interés personal mío no va más allá que la satisfacción del deseo de mi tío. Si usted viera las canas que tiene mi tío, comprendería por qué quiero escribir ese cuento, conformándolo al cubrir esa aspiración suya que siempre me repite. Agradecido, un asiduo lector suyo".
Terminada la carta, que me ha dado la oportunidad de ahorrarme el trabajo de escribir lo que debía, para cobrar el importe correspondiente a esta colaboración, noté asimismo con satisfacción que ella implícitamente contiene la respuesta al joven admirado, que me ha escrito, y así se lo digo, agradeciéndole su gentil concurso.

RICARDO SETARO
ILUSTRACION DE GUIDA

COMIENZA EL MELODRAMA: LOS HABITANTES HUYEN A SUS CAVERNAS, DE LA INVASION DE LOS HUNOS.



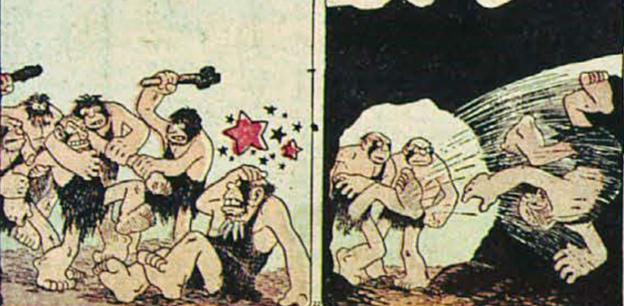
ESTE COMENTADOR DE EPISODIOS GUERREROS, AL SERVICIO DE "LA PROSPERIDAD DE TEMPERLEY" PASA UN MAL MOMENTO.



EL REY ALONE PERMITE AL PERIODISTA DE "LA LUCIERNAGA VERDE" QUE ACOMPAÑE AL EJERCITO EN OPERACIONES.



LUEGO ES MALTRATADO POR HABER MANDADO EN BASTARDA UNAS NOTICIAS APOCRIFAS...



EL TIPO SE PONE FURIOSO Y LA EMPRENDE CONTRA EL INFELIZ DE LA LANZA.



PERO EL TIO ESTA DISPUESTO A NO DEJARSE VENCER, Y PORTE RESUELTO A QUE EL MUNDO ARDA.



TELEGRAMA DE LA AGENCIA POROTOS: LAS FUERZAS DEL SUR PERSIGUEN A LOS EFECTIVOS DEL OESTE.



EN LAS PUERTAS DE GINEBRA, LOS DELIBERANTES DE LA PAZ REUNIDOS EN UN CONCILIO CIVIL OBSERVAN EL DESARROLLO DE LOS ACONTECIMIENTOS.



PERO EL JEFE DEL ESTADO MAYOR LO EXPULSA TEMEROSO DE ESPIONAJE.



ESTÁ EN LAS CARCELES DE SIAMPOPOLIS, Y VEINTICINCO NACIONES Y 24-56830021 ESCRITORES NATIVOS PIDEN SU LIBERTAD EN UNA NOTA DE 14 PÁRRAFOS.



EL DIRECTOR DEL DIARIO VIENE CORRIENDO A DECIRLE QUE LO PONDRÁ A CORTAR PAPELES SI NO SE ADELANTA A LOS HECHOS CON SUS INFORMACIONES.



ESTA FOTOGRAFIA SE PUBLICO EN LA REVISTA "SURSUN CORDALIS" Y FUE AGRUPADA A UN INFORME DE LA LIGA DE LAS NACIONES.



REPORTAJE AL ESCRITOR PACIFISTA: "LA GUERRA ES EL INCENDIO DE LOS CORAZONES PARALITIPEDONICOS, AZUR, REY DE LA IMAGINACION."



LA GUERRA ES UN CRIMEN, YA LO DIJO ALBERTO.



LE LANZA A LA CABEZA UNA BALA MANUABLE DE ULTIMA INVENCIÓN SALIDA DE LOS POLVORINES SECRETOS DE LA FOLANJE DE ZAPADORES.



COMO RESPUESTA LE ARROJAN UN FORMIDABLE PROYECTIL VERTICAL.



TE VOY A DAR VOS TE CREES QUE GUTENBERG INVENTO LA IMPRENTA PARA QUE VOS HARAGANES?



SOY MARTE, EL DIOS DE LA GUERRA. ¿ME CONOCES?

